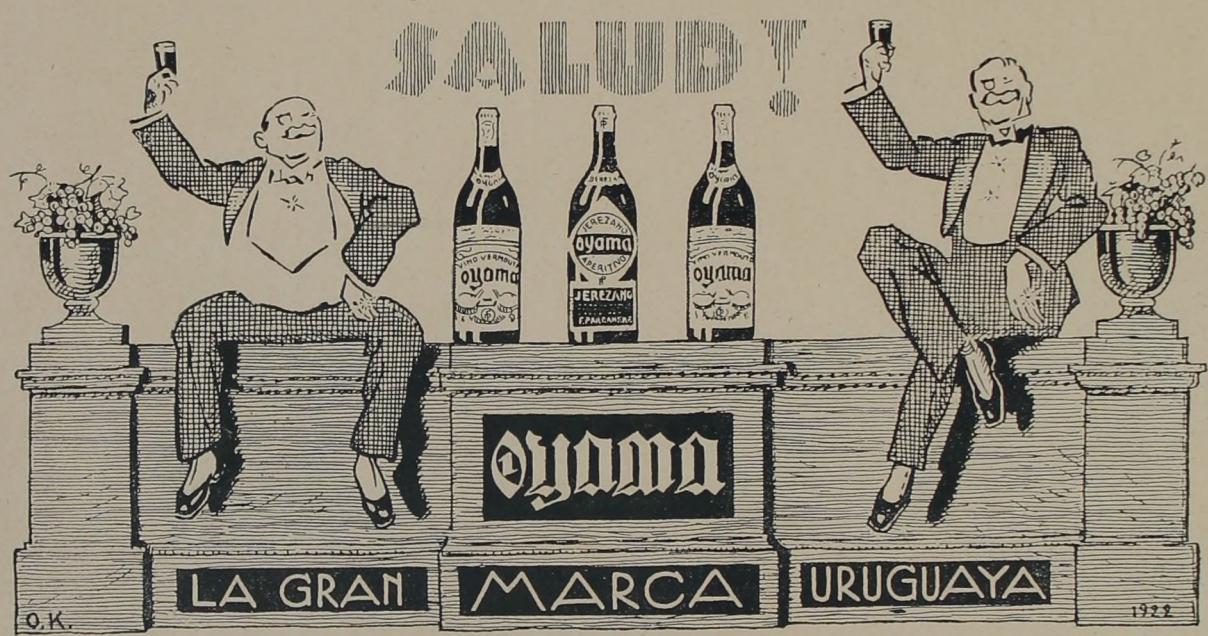


Yborus



Era "un piccolo navio"...



VERMOUTH Y JEREZANO

FERNANDO PARRABERE
CALLE CUÑAPIRÚ, 1276 ~ 82

APARECE
LOS
MARTES
•
PRECIO
DEL EJEMPLAR
\$ 0.07



REDACCION
Y
ADMINISTRACION
PAYSANDÚ 760

1.^a GRAN REVISTA NACIONAL

Año I

Montevideo, Setiembre 30 de 1924

No. 10

Pronunciamientos
:: primaverales ::

Con el hervor de la savia transmigrante que glorifica la vida con su filtro hechicero, se ha pronunciado esta primavera pluviosa con grave efusión de candidatos políticos y con jovial derroche de "tronpes" más o menos estudiantiles. Los tinglados de la farsa han reunido en conjunción prodigiosa a los serios hombres que prometen al pueblo desde el llano todas las maravillas cromáticas de la felicidad y a los reidores jovenzuelos que aseguran al público los momentos más epatantes. Promesas primaverales de unos y otros, que apenas si se cumplen en fugaces minutos de hilaridad, pero que tienen como los dones veleidosos de Cloris la restallante expresión del decorado y la alucinación de los espectadores. Un solo detalle, empero, ha divergido la homogeneidad de estos pronunciamientos de estación: la gratuidad a presenciarlos. Aquél, caro en sus proyecciones futuras, ha sido gratis en absoluto, y éste, nulo en lo porvenir, resultó carísimo en taquilla. Y debió ser al revés, por lógica de todo principio de equidad. Aunque absurdo tan expresivo puede ser justificado, o, por lo menos, tolerado, ya que ello ha sido nada más que un leve o pasajero pronunciamiento primaveral...

El perdedero de la paciencia

Así como en la calle Cerrito hay un buen santo, seráfico y cachaciento, que es toda una lección viviente de voluntad y de energía disciplinada, de cuya imagen adusta emerge una gran confianza y un severo reproche para los irascibles, en otra calle, en la antigua Daymán, hay otra cripta más o menos oficial, que es antítesis de la primera. En una se conforta y en otra se ayuda a perder la paciencia. Son antinómicas, refractarias, pero en el fondo hay dos polos que señalan la armonía de una corriente, que más la administra y la regula la de la calle Julio Herrera y Obes.

El que se ha tonificado en la calle Ce



es el auténtico perdedero de la paciencia y que quien a él fuere, perdería esta virtud, un tanto sajona, pero ganaría el cielo, única compensación legal a tanto penar inmerecido.

La historia de los grandes

Una municipalidad italiana y otra española, han resuelto, por voluntad unánime y omnímoda, integrar sus respectivas galerías de "grandes hombres" que merecen el bien de la patria, al decir de Gabriel Hanotoux, con las efigies al óleo de Benito Mussolini y de Primo de Rivera. La idea de los municipios peninsulares nos parece excelsa y oportunísima. Cuando hay pléthora y superabundancia de hombres vulgares, bien vale la pena señalar a la Historia la aparición extraña y nada vulgar de los hombres grandes. Sólo se corre el riesgo, eso sí, de que después, al correr del tiempo aparezca el crítico implacable o el biógrafo inclemente, que, como Vassili Manes, nos haga esta silueta de los "grandes": "A'ejandro: loco, asesino, borracho, supersticioso, cruel, amante pasivo de Efestión y amante activo de un cunucu; César: epiléptico, prostituido, cruel, rapaz, servil y orgulloso, escritor ramplón y mediocre; Napoleón: este conquistador, este legislador, este emperador, este dueño del mundo, era un tonto, sí, un imbécil, uno de los cerebros más torpes que jamás hubo en ningún cráneo. Las "Cartas sobre Córcega" y la "Memoria a la Academia de Lyon para el concurso de 1790", obras de su talento, aventajan a todo lo ridículo".

Es de creerse, que tanto Mussolini como Primo de Rivera estén acordes con Nietzsche en que de todo lo escrito, debe amarse solamente lo que el hombre escribió con sangre, aunque ésta sea de los demás. "Escribe con sangre y aprenderás que la sangre es espíritu". Así deben pensar los jefes dictatoriales de Italia y España. Porque eso de esperar a que un Vassili Manes venga a la posteridad a decir zonceras, es algo imperdonable y, sobre todo, de muy mal gusto.

FUEGO FATUO

Cuando Antonia Rovira murió, su marido, semicerrados los ojos, de pie ante el lecho mortuorio, suspiró profundamente. Luego dijo: "bueno" en un tono de resueta despedida y se dispuso para preparar el entierro.

Julio Sandes, nunca había amado a su mujer. El matrimonio sólo fué el producto del deseo no satisfecho por parte de él y la necesidad de tomar ~~esposo~~ por parte de ella. El noviazgo convirtiése para los dos en una galería de dolor, oscura, intrincada, que no terminaba nunca, en una lucha constante, un asalto y una resistencia trabados en porfía encarnizada, brutal, acompañada de juramentos, ruegos, quejidos y llantos. Porque Sandes, en sus instantes de locura, exasperado por aquella pasividad victoriosa llegaba hasta el castigo, pegando con sus manazas sobre el cuerpillo de su novia, contraído, recogido en sí mismo, cerrado como un molusco. Y ella sollozaba entonces, sin gritos, quejándose en silencio, soportando sin una protesta los golpes y los insultos, humilde y resignada como un culpable. Sólo se le oía repetir, con la voz seca y cortada: "cuando te cases, cuando te cases". Era un estribillo candente que él no podía sufrir sin volverse con mayor impetu hasta caer vencido por el desaliento y el asombro, dominado por la terquedad de la muchachita. Porque Sandes, no estaba acostumbrado. Era la primera vez que una mujer se le negaba. Alto, atlético, de una dentadura formidable, espléndido, festivalesco, cargado de impulsos, cercado por un egoísmo glacial, incapaz de sustraerse al capricho o a la extravagancia, en su abrazo de gigantón morían los escrupulos y las vacilaciones.

Pero Antonia Rovira le trastornaba. El gesto de su negación le era incomprendible. ¡Por qué!... ¡Qué quería entonces! ¡Que era decente!... ¡Puf!... la decencia nada tenía que ver con el amor; que la decencia era la decencia y el amor era el amor. ¡No valía un pito!... Y una tarde, gastados todos los recursos, enloquecidos por un deseo infernal, le dijo a su novia, sofocado por la lucha: — "Está bien. Apréstate. Dentro de un mes nos casaremos". Ella no pudo contener la alegría y se puso de pie, esbozando un beso, pero Sandes la rechazó violentamente, arrojándola contra un diván. Se fué masculandando un insulto.

Cuando comunicó a su padre su resolución de casarse, éste, que conocía mucho a Julio, se quedó boqui-aberto.

— ¡Cómo... te casas tú!...

— Y sí, me caso...

— ¡Eh!... pero explícate. ¡Cómo? ¡Con quién?

— ¡Bah! con una muchacha. Se llama Antonia, — contestó malhumorado.

— ¡Pero y tú la quieres?


POR JOSÉ
PEDRO
BELLÁN





— Y sí, la quiero. — Hubo una pausa. El padre parecía medir algo en el tiempo. Despues dijo, reflexivo, sentencioso, mirando hacia el suelo.

— Tú no eres capaz de querer a nadie, mi hijo. No te cases. ¡Déjala ir!...

— No... — gritó rabioso. — La quiero y me caso. Además, esto del casamiento no tiene la importancia que usted le da. Total ¡qué!... — Sandes reducía el casamiento a la ceremonia nupcial. Era el último obstáculo a vencer, realizable en un día. Una fiesta, un juez que habla en nombre de la ley, un sacerdote que dice cosas que nadie entiende, unas horas de baile y luego Antonia no se le negaría. Lo demás no le interesaba. No quería pensar. Ante alguna duda se levantaba de hombros, sabiendo que no llevaría la peor parte.

Y lo hizo como lo había prometido. Cumplido el mes se casaron. Ante su mirada indiferente pasaron los invitados, habló el juez, habló el cura, danzaron las parejas. Su rostro era un mascarón inmóvil, la expresión de un obecido imperturbable. Por último, paso a paso, retrocediendo ante la fiesta, se escabulló. En un gesto audaz, violento, llevando a su compañera casi en el aire, corrió hacia el coche que les esperaba. Y la muchacha blanca se estremeció de miedo.

Aquella noche, Sandes tuvo por primera vez una impresión seria de la vida. Eran las cuatro de la mañana. Antonia dormía, él fumaba, fumaba de prisa, cigarro tras cigarro, acometido por una nerviosidad angustiosa. Estaba febril. Llegó a preguntarme en voz alta: "pero, ¿qué

hice?... Su espíritu saltaba dentro de él como una fiera cogida en una trampa. Quería pensar. No podía. De vez en cuando miraba a su mujer, curiosamente. Por instantes no sabía quién era. Parecía no haberla visto nunca. La posesión haoia fundido el antifaz de la fiesta. Empezó a descubrir en el rostro de Antonia algunos rasgos poco atrayentes, duros, que, hora, mientras dormía, librados a su iniciativa, afeaban el rostro de la muchachita. La boca tirante, el labio inferior algo torrido hacia la izquierda. Se hallaba acostada cruzando un tanto la cama de modo que a él le quedaba poco sitio. La movió con alguna brusquedad.

— ¡Eh!... arrímate... — Antonia despertó aturdida. Clavó los ojos en Sandes, observó en redor. Luego, reaccionando con dificultad, sonrió. — Arrímate — repitió. Turbada, entre la sorpresa y el miedo, obedeció.

— ¡No duermes! — se animó a preguntar.

— Si ¡no ves! estoy durmiendo — contestó en un tono de amarga burla. Y añadió: — Tú sabías que yo caería, ¿eh?...

— ¡Qué!... — Sandes, no pudiendo dominar su expansión nerviosa, se reía. Antonia, sin saber por qué, se tentó. — ¡Qué! — preguntó sonriente, — ¡qué!... — Esta inesperada actitud provocó en él un acceso doloroso de risa.

— Que tú, — continuó sin poder detenerse, — ¡me has cazado!...

— ¡Qué! — preguntó sonriendo aún.

— Que si yo sé que todo es esto, no... no me caso... no me caso... — terminó con una carcajada.

Antonia dejó de sonreir. Se separó hasta el borde de la cama, se cubrió el cuello con las manos y miró etónita. El rostro de Sandes, tentado, tenía algunos reflejos partidos donde ardía el impulso.

Al mes y medio de matrimonio habló de divorcio. Ella no quiso. Llegó a ofrecerle dinero. Inútil. A las largas coversaciones incitándola a la separación, ella añadió un no inconvencional, siempre igual, seco, como la repetición de un movimiento mecanizado. Entonces, pegó, humillándola hasta la infamia, obligándola a ser testigo de escenas bochornosas. Su tendencia al libertinaje se acentuó en su afán de producir en su mujer una reacción que le diese la libertad. Hizo todo lo que pudo, tratando de aplastar con su poder brutal, con su cinismo, con su indiferencia por el dolor ajeno.

Una tarde Antonia estaba en la azotea cuando le pareció que la llamaban. Se acercó al pretil y miró en el patio.

—¡Me llamabas!...

—No... — contestó Julio levantando la cabeza. Y al ver a Antonia allá arriba, sentada sobre el pretil, tuvo un estremecimiento. Una sonrisa lágida se bosquejó en su boca y los labios se desplegaron lentamente. Luego cerró los ojos y su respiración se detuvo. Vió caer a Antonia des de lo más alto y deshacerse contra el embaldosado produciendo un ruído de trapo.

—Creí que me llamabas... — dijo ella después de una pausa y disponiéndose a bajar. Sandes volvió a levantar la cabeza y pensó: "¡si te cayeras!" Luego preguntó en voz alta: — Oye; ¡dónde vas!

—Voy a bajar.

—No, mira. ¡Hace fresco allí!

—Muy poco. — Un pensamiento espontáneo, descarnado, vibra en el espíritu de Sandes. Antonia vuelve a sentarse en el pretil. Sonríe hacia abajo, inocente, ciega, ajena al abismo criminal que forman el patio y su marido.

Sandes se tortura. Quiere interesarla, impedir que se mueva de su asiento donde basta un latido intenso del corazón para arrojarla por el vacío. Su voz adquiere una dulzura que Antonia no le había visto nunca. Está desconocido. Cuando ella responde emplea la palabra: querido. La alegría la rodea como un abrazo. Le sorprende que el amor sea tan bello. Es la primera vez que lo ve de cerca.

—Querido mío: ¡si vieras cómo tequiero, cuánto te quiero! Nunca te he visto así. — Sandes insiste. Parece haber perdido la conciencia de su acción. No es más él. De un extremo a otro su personalidad se pierde difundida en una corriente sobrehumana. Y atrae, desde abajo, con su voz, con su gesto, abriendo el espacio por donde ha de pasar la ruta fulminea del vértigo.

Antonia siente un ligero temblor. La vista se le obscurece. La imagen de su marido se agranda, llena el patio, sube! La basta una breve inclinación para apo-

yarse sobre su pecho. Es el amor. Oye como entre sueños, la voz de Sandes:

—¡Antonia, Antonia!... — Sonríe, alucinada y cierra los párpados. Alcanza a ponerse de pie. Su cuerpo vacila, totalmente, de oblicua a oblicua, como un mástil en la tormenta. De pronto parece orientarse. Un segundo de inmovilidad, y avanza hacia el vacío. Un paso más y cae. El impulso deja la trayectoria grabada en el aire. Sandes, aterrorizado, retrocede hasta la pared y explota en un grito. La gente de la vecindad corre.

—¡Se ha caído, se ha caído...!

Muere dos días después. Al regresar del cementerio, Sandes, por primera vez se pregunta si lo que ocurrió es obra suya u obra de la casualidad. Prefiere lo casual. Y como siempre, ante la inminencia de la



responsabilidad, se niega a pensar. Y su vida vuelve a la tranquilidad como una roca después de la borrasca. La idea de que es libre estrangula la conciencia. Y aquella noche, luego de despedidas las visitas, da puerta franca a la servidumbre. La soledad le crea un pretexto. Se arropa en un sobretodo y sale a la calle, parando al primer taxi que encuentra. Unos minutos de marcha. Deja el coche y sigue a pie. Es algo tarde. Cuando golpea en una casa le responden después de una espera impaciente. Una voz de mujer pregunta con inquietud:

—¿Quién es?

—Soy yo, Julio.

—¿Quién?

—¡Hombre!... yo, Sandes. ¡Estás dormida! La voz femenina se sorprende.

—¡Ah!... en seguida abro. Voy a echarme un abrigo.

—No me esperabas, ¿verdad? — Ella se confunde.

—Sí... no...

—No podía estar solo allí, ¿sabes? Cuando fui a acostarme sentí miedo. Me pareció no sé que... y pensé en ti. Ya ves. Me siento más tranquilo a tu lado.

Y pasaron dos años. Sandes volvió a ser el mozo bizarro de su soltería, el varón audaz ante el cual se estremecía la hembra. Su espíritu de orgía y de disipación cautivaba a la amante, al compañero de la noche. Y si a veces, ante la carajada más franca, ante el beso más lujurioso, ante la copa mejor servida, saltaba en su memoria la imagen de la muerta, respondía al mudo reproche de su recuerdo:

—Fué la casualidad, fué la casualidad

Pero una tarde, conversando con una isleña, vieja de embrollos y de historias larga, tuvo una revelación. Fué del modo más tonto, al rodar de la charla. La noticia se irguió, espectral, amenazante, con un resplandor de burla, batiendo el tambor de la risa. La mujer sorprendida paró de contar. Vió el rostro contraído de Sandes: se asustó.

—¿Qué tienes? ¡Te has enfermado, mi hijito?

—No, no; siga. ¡Cómo era!

—Lo qué?

—Lo de esa muchacha.

—¡Ah!... después de todo se casó en Montevideo.

—¡Y?... — La mujer, siempre sorprendida, torció el curso de su pensamiento para satisfacer la curiosidad que su cliente manifestaba por una muchacha norbrada al azar. Refirió lo que sabía. Se trataba de una veleidosa, histérica, llenas de caprichos que después de haber gustado los placeres, consiguió, siguiendo sus consejos, hacerse la seria y casarse al fin.

—Era un buen palmito — terminó diciendo. — Pero no te apures, mi hijito porque la pobre ya no existe. Tuvo una mala muerte: se cayó desde una azotea...

Sandes repetía entre dientes:

—No puede ser, no puede ser... — Pero todo cuanto había oido identificaba a su ex compañera, la muchachita silenciosa ante cuya resistencia cayó vencido. Los detalles acusadores aparecían ahora ante lo que casualmente acababa de descubrir. Aspecto y gestos que hasta entonces le habían parecido virtud, saltaban de pronto al extremo del vicio en una piroeta grotesca. La certidumbre era absoluta. Único indagar más. Sin embargo, su voz continuaba diciendo: —¡No puede ser, no puede ser...

Fué a su casa. En el reloj de la Catedral sonaban las dos de la mañana. Se echó en la cama creyendo que el sueño vendría en su ayuda. Imposible. Los garras de la inquietud lo torturaban. Daba vueltas, retorciéndose en el lecho. A me-

Continúa en últimas páginas.



La Oración de la tarde

Por Juan Ferragut



Para gozar de la fresca paz inefable del víspero salen los hermanos a la puerta del convento, situado en la más enhesada loma de la campiña.

Muere la tarde, como una vestal que se desangra, sobre el oscuro tapiz esmeralda del agro. Asperas fragancias de jara, finas esencias de romero embalsaman el quieto aire del anochecer. Desde la cima, en la hora crepuscular, es gris metálico el cielo y como de bronces oxidados son los troncos de encinas y carrascales.

La comunidad se esparce por la huerta aledaña al convento.

Unos hermanos van al sembrado a contemplar la sazón de los frutos verdes y otros quedan en la portada decorando el porche con sus sombrías estameñas monacales.

El hermano Bautista y el hermano Fiel se sientan en el pórtico, en uno de los rústicos bancos de piedra que horadan la fachada conventual.

El hermano Bautista tiene el rostro largo y barbado como el de un Cristo bizantino tallado en madera.

El rostro del hermano Fiel es agudo y apergaminado como el de un asceta consumido por el ayuno y los éxtasis.

Apenas en un lustro se diferencian sus edades y rayan los dos en la madurez.

Luego de asentados, los dos hermanos, atraídos por mutua simpatía, empiezan su plática.

Y dice el

HERMANO BAUTISTA. — ¿Cómo no va hoy a la huerta, hermano Fiel?

HERMANO FIEL. — Le temo a la tentación. El hermano Juan ha sembrado rosales y en ellos crecen unas rosas blancas y suavemente rosadas, que parecen mejillas de mujer. Y el pensamiento impuro me hace cerrar los labios como para un beso...

HERMANO BAUTISTA. — ¿Cómo se conoce que es novicio, hermano Fiel? Si llevara, como yo, diez años en el convento, ya esta brava Naturaleza que nos rodea no hablaría a sus sentidos sino para admirar la grandeza de Dios. A mí no estorba el olor de la tierra en tempero me dice ya nada.

HERMANA FIEL. — El pensamiento mío aún peca. Figúrese, hermano, que oí así la tierra empapada por la primera lluvia primaveral, cuando sufri el gran dolor que me hizo renunciar al mundo.

HERMANO BAUTISTA. — También era primavera cuando yo tuve motivos para odiarlo.

HERMANO FIEL. — Yo no le odio. Me retiré del mundo porque creí y creo que nada de lo que en él vive podrá volverme a dar una felicidad igual a la que perdí.

HERMANO BAUTISTA. — Pecado de vanidad, hermano Fiel. Yo, al contrario, profesé de religiosos por el temor de que todos los días pudiera el mundo producirme un dolor tan cruel como el que estuve a punto de costarme la vida.

HERMANO FIEL. — ¿Y puede saberse, hermano, si no es indiscreto, cuál fué el motivo?

HERMANO BAUTISTA (como con rencor). — Una mujer.

HERMANO FIEL (admirado). — ¡Una mujer!

HERMANO BAUTISTA (con esa efusión).

todo, vida, honor y porvenir, me engañaba. Fueron unas horas terribles, en las que estuve a punto del crimen y al borde del suicidio. La tremenda emoción me hizo caer fulminado por un ataque congestivo que me retuvo un mes en cama, presa de una tremenda fiebre cerebral, inconsciente, delirando... Cuando volví en mí ser, ella no estaba. Se había fugado, aprovechando, con inaudita crueldad, mi postración. Por eso estoy aquí. ¡La mujer es enemigo fatal, hermano!

HERMANO FIEL (transfigurado por la emoción de sus recuerdos). — ¡El so. de la vida, hermano! ¡Lo más noble, lo más dulce de lo creado!... Escuche, hermano. Yo era un miserable, calavera y corrompido, derroché mi fortuna; iba por una terrible pendiente hacia el abismo. Nada me hubiera asustado... Vicioso y audaz, el crimen y el robo hubieran sido mi final.... Acostumbrado a una vida de molicie y placer, todo lo hubiese intentado por continuarla cuando mis medios no me permitieran seguirla. ¡Estaba enfermo de la carne y de la voluntad!... Entonces encontré a una mujer que fué mi estímulo y mi consuelo, mi redentora y mi guía. A un mismo tiempo, amante y compañera, novia y hermana de la Caridad, ella, con sus manos prodigiosas, curó las heridas, las llagas y miserias de mi cuerpo y las lacerías de mi alma... Me redimió y me hizo hombre. Me impulsó a trabajar y me estimuló a conquistar una posición en la vida. Luego, cuando ya lo había conseguido, cuando ya el porvenir me sonreía, como si hubiese cumplido su misión en la vida, aquella mujer murió, ¡como una santa, entre mis brazos! Y porque ya la vida no podía ofrecerme mejor bien, por retirarme a donde pudiera vivir en paz saboreando su recuerdo, vine aquí... ¡A aquella mujer, hermano! Era tan bella, que ni la fantasía de un artista pudo soñarla igual. Blanca y rubia, como una Venus del Tiziano...

HERMANO BAUTISTA. — ¡Si hubiésemos conocido a la mía, hermano! Toda la gracia y toda la belleza de Italia en su sonrisa...

HERMANO FIEL. — ¡Toda la belleza de la nación italiana, hermano, era mi amor bajo el sol de Sevilla!

HERMANO BAUTISTA (levantándose vibrante de ansias). — ¡La conocisteis en Sevilla?

HERMANO FIEL. — Si, en Sevilla, en una primavera, conocí a mi Eleonora.

HERMANO BAUTISTA. — ¡Eleonora! ¡Era ella, la misma que para mí fué tan mala!

HERMANO FIEL (levantándose también, transido de asombro y emoción). —



¡Eleonora! ¡La misma que para mí fué tan santa!

Los dos frailes permanecen erguidos, retadoras las miradas, contemplándose como dos rivales, en acecho de la acometida.

Arden sus pupilas; críspanse sus manos con temblores homicidas...

El hermano Bautista escucha el son cíaro de la esquila...

Y a compás de la voz de bronce que se esparsce bajo el silencio místico de la tarde en la quietud solemne de la Naturaleza, su pensamiento se propone las interrogaciones eternas: ¡Era buena? ¡Era mala?

Una paz maravillosa les circunda. Volea la campana.

El cielo violeta del crepúsculo tiene una diafanidad magnífica.

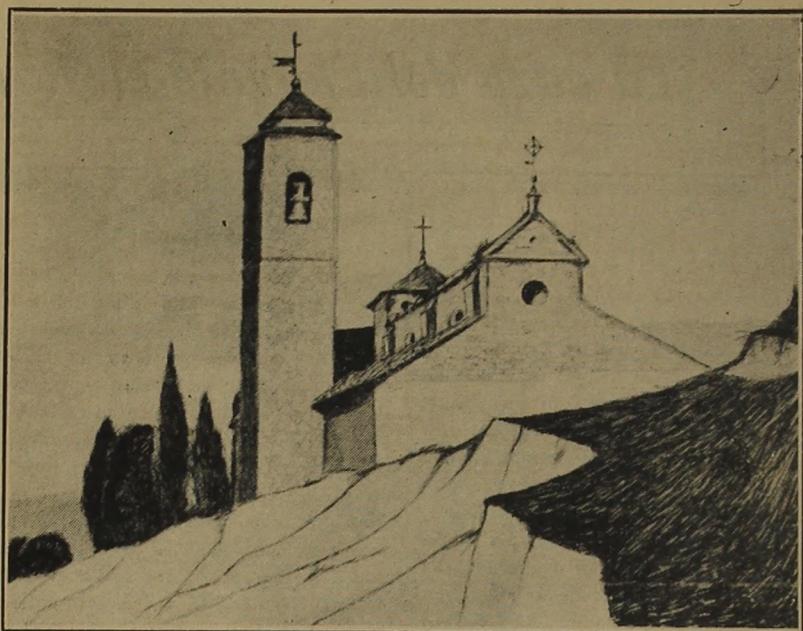
Hay una pausa larga, embarazosa, que rompe, diciendo, el

HERMANO BAUTISTA. — Suena el "Angelus", hermano. Recemos.

El hermano Fiel permanece quieto.

Y le dice el hermano Bautista, sintiendo que el ramalazo de odio se deshace en su alma en una piedad y en una comprensión infinitas.

HERMANO BAUTISTA. — Recemos, hermano... Recemos por ella.



Se juntan las manos de los dos frai
De sus labios escapa, en un murmullo
sordo, la plegaria...

Jirones de sombras acuchillan la violeta
del cielo.

El sol tras una colina se oculta con
reflejos sangrientos.

Y la tarde muere, como una vestal que
se desangra, sobre el tapiz esmeralda de
la campiña.

CAFÉ GALANTE

¡Dulces rincones de amor
de los cafés solitarios!
Oh, Margarita, la rubia,
y la dramática Amparo,
divinas rimas de carne
de mi galante breviario!

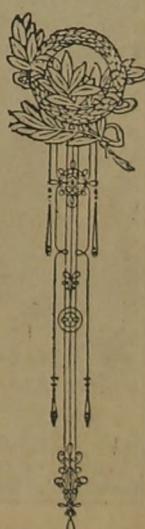
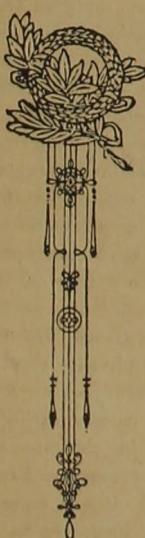
Aún reflejan sus figuras
los espejos empolvados,
y son los viejos idilios
una música de encanto.
El dulce rincón galante
tiene el perfume lejano
y lírico del poema
gentil de los veinte años.

¡Blanca y rubia Margarita,
de los cabellos dorados,
honda y trágica belleza
—celos y sangre—de Amparo!
Una, blanca como un lirio,
toda de oro, rosa y blanco;
otra, una gitana triste
de besos envenenados.

Yo las amé ardientemente
—amor de cielo y de diablo—,
y en los rincones galantes
de los cafés solitarios
ocultamos nuestro idilio
como un amable pecado.

Suaves rincones de amor,
dulces nombres olvidados,
igual que versos antiguos
de mi galante breviario,
Versos que antes fueron lágrimas;
que tienen el dulce encanto
de la juventud... ¡Oh, verso
vivido antes que rimado!

¡Galanas sombras antiguas,
trenzas negras, ojos claros,
sombras de antiguas amantes
que como un sueño lejano
aún flotáis en los espejos
de cristales empolvados!
Oh, los rincones de amor
de los cafés solitarios!



La caza del Elefante en la Isla de Ceylan

Llámase "kraal" al circuito hecho con postes, sólidamente hundido en la tierra, donde se echan los elefantes salvajes, a objeto de capturarlos para domesticarlos y utilizarlos. El vocablo "Kraal", se ha aplicado, más allá, a la caza misma. Efectivamente, érase el deporte favorito de los antiguos reyes de Ceylán, y, muy especialmente, de los de Kandy, renovan, en diferentes épocas, sus cuadras de elefantes, cuyo número resultaba, por lo general, muy crecido y que utilizaban, con preferencia, en las ceremonias religiosas. Hoy por hoy, el aprovechamiento del elefante se ha extendido sobremanera en la isla, y la mayoría de esos paquidermos se emplean para los trabajos pesados de la agricultura o el transporte de materiales poderosos.

La última cacería se efectuó en 1920.

EL "DRIVING IN"

El "driving in" o arreada hacia el corral, es el último acto de una caza, iniciado hace mucho tiempo. Efectivamente, fué durante el mes de Enero que los primeros ojeadores vinieron a observar en los bosques, a los rebaños de elefantes salvajes,

con pequeñas etapas, a la entrada del circuito. Aquellos hombres jamás deben perder su proximidad con los animales que persiguen, y tienen que observar el mayor cuidado para que no puedan escapárselas. Cuando van abriéndose camino en la arboleda con sus machetes, los ojeadores procuran hallarse lo más próximos unos de otros. Durante el día, las batidas realizan con el menor ruido posible y lentamente, de modo que los elefantes no puedan darse cuenta de que se hallan rodeados y perseguidos. De noche, para obstruirles el paso, los ojeadores encienden enormes fogatas en la selva, a lo largo de su línea. La batida se reanuda al día siguiente, sin apresuramiento, a marchas lentas, y así se prosigue durante más de un mes, hasta que el rebaño chúcaro se aproxima al Kraal, o recinto destinado a capturarlo.

La víspera del día elegido para el "driving in", (arrear), los elefantes son arreados por los ojeadores a 700 u 800 metros, aproximadamente, de la entrada del cercado. Una línea de hombres, con escopetas y palos, los rodean. Se encienden fogatas, día y noche para contener a los

ese momento los ojeadores abandonan sus líneas, atrás de las enormes hogueras. Se adelantan entre la arboleda, arrojando fuertes gritos y arreando delante suyo al rebaño salvaje. Como la barrera que forman, va achicándose paulatinamente y progre-



Techoado de parte del cercado, visto del exterior del cerco; a la izquierda se divisa el ángulo de una tribuna.



Ojeadores en acecho, vigilando las evoluciones de los elefantes.

a una distancia mayor de 50 kilómetros, el lugar donde efectuarse debía su caza. Provistos de picana y de palos, algunos con escopetas, los ojeadores hindúes o coolies forman una línea de varios kilómetros con objeto de encerrar a los elefantes salvajes, de arrearlos con paso bastante lento, y de llevarlos, poco a poco,

paquidermos. A la más insignificante tentativa de los elefantes para aproximarse a las líneas de los ojeadores, estos gritan y disparan sus armas a objeto de obligarlos a permanecer en medio de la zona rodeada. Hacia las 9 de la mañana se inició la arreada con dirección al corral de los elefantes cercados hacia 36 horas. En

sivamente, a medida que avanzan, los hombres disponibles constituyen otra ola, a unos 50 metros de la primera. Los gritos se oyen, cada vez más cerca. El rebaño, perseguido, hostigado por los tiros y los lanzasos, aterrizados por los gritos de varios miles de hombres, penetra en el brete. Los hindúes, atrás de las barreras, procuran detener a los elefantes que intentan abrirse una salida por entre las estacas del corral. Todo parece que va a las mil maravillas. Los elefantes se hallan muy próximos de la entrada. Sin embargo, a pesar de los multiplicados esfuerzos de los ojeadores, se paran delante del brete. Luego, de repente, silencio absoluto. ¿Qué ocurre? Por qué los elefantes no entran? La operación ha fracasado. Efectivamente, llega la noticia de que los elefantes, jefes del rebaño, luego de haber llegado hasta la entrada del cercado, se han dado vuelta, rompiendo la primera línea de los ojeadores. La segunda, retrocediendo hacia la arboleda, acaba de situarse en su punto de partida, atrás de las fogatas. Se impone repetir la tarea, toda. Se conoce, ahora, el por qué del fracaso. El rebaño de elefantes tiene dos cabecillas bravos, vale decir, difíciles de



Los elefantes, apresurándose a entrar en el pequeño estanque del cercado.

arrear, recelosos, temerarios. Ya habían dado gran trabajo a los ojeadores, al ser arreados. Viéndose oprimidos, cada vez más, cargaron, furiosos, contra los hindúes. Estos, a pesar de esforzarse por contenerlos, dominarlos a tiros con municiones y a lanzas, se vieron obligados a ceder y a apartarse.

Más tarde, hacia las 2, se efectuó otra tentativa. El calor era sofocante, abrumador, por lo menos cuarenta grados. Igual fracaso que la mañana. Algunos hombres resultaron heridos por los disparos. Los elefantes siguen siempre cercados en la arboleda.

Al día siguiente, hacia las nueve y media, los ojeadores que han pasado la noche vigilando los movimientos de los elefantes indómitos, abandonan, de nuevo, sus posiciones y se adelantan, cautelosamente, entre la arboleda. Los invitados, que esperan en uno de los lados del corral, no oyen casi nada, al principio, a no ser algunos gritos, acá y acullá, erugidos de ramas de árboles derribados, una gatiopada en el pasto, en el medio del follaje. De súbito, oyense unos tiros. Los clamores se reinician. Los elefantes se hallan en la puerta del cercado. Sin embargo, parece que algo anormal detiene al rebaño, que vacila para franquear la puerta. Se distinguen tres o cuatro tiros más estridentes que los anteriores. Acaban de matar a uno de los elefantes jefes, que, con sus atropelladas contra los ojeadores,

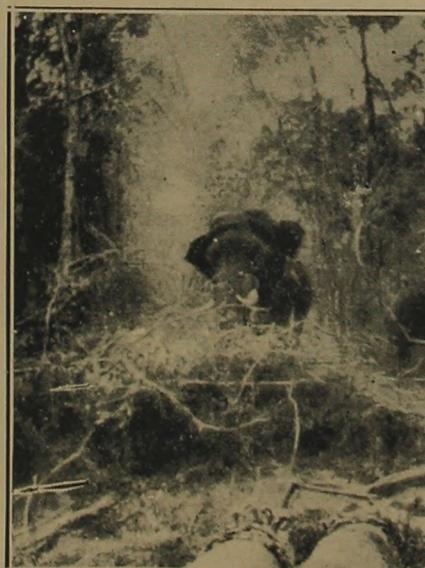
detenía el avance. Este sigue. Los elefantes penetran en el corral. Se distingue su trote pesado. Algunos árboles caen con estrépito. Desde la tribuna de los espectadores, se divisan las formas macizas de

rios cientos de ojeadores. Interin, unos hindúes cierran el cercado y prolongan las barreras con estacas cruzadas. Mientras se efectúa esa faena, cuatro elefantes mansos con su (mahut o cornac) ginete, cuidan la entrada e impiden pasar al rebaño de los elefantes indómitos. Estos, rodeados por todos lados, no procuran forzar las barreras del corral. Al ver el pequeño estanque, que se prepara para ellos, se precipitan en él, aplastando, en su atropellada, a un elefante joven que parece ahogado. Parecen contentos, dichosos de encontrar agua. Se refocilan y se sumergen, dando su ronquido característico, semejante al de una corneta. Son las 11 de la mañana. El primer tiempo de la cacería ha terminado. Los elefantes salvajes se encuentran cautivos en el interior del cercado. Cuéntanse 42, de todo tamaño.

LA CAPTURA

Desde que los elefantes se hallaron encerrados en el cercado, el gobierno local declaró que el público podía presenciar la cacería. Esta va, pues, a seguir delante de numerosos espectadores, europeos que llegan en auto de distancias enormes e indígenas del campo, que han recorrido a pie larguísimos trechos para asistir al espectáculo.

A las dos, el gobernador, seguido de su cortejo, y sus invitados toman sitio en el paleo. En el acto empieza el desfile de los elefantes mansos que esperan, hace dos



Elefante salvaje huyendo de los ojeadores y procurando volver a la selva.

los paquidermos pasar por entre las ramas, y luego desaparecen. Se hallan cautivos. Al continuar avanzando, vienen a toparse contra la valla del fondo, que cuidan va-

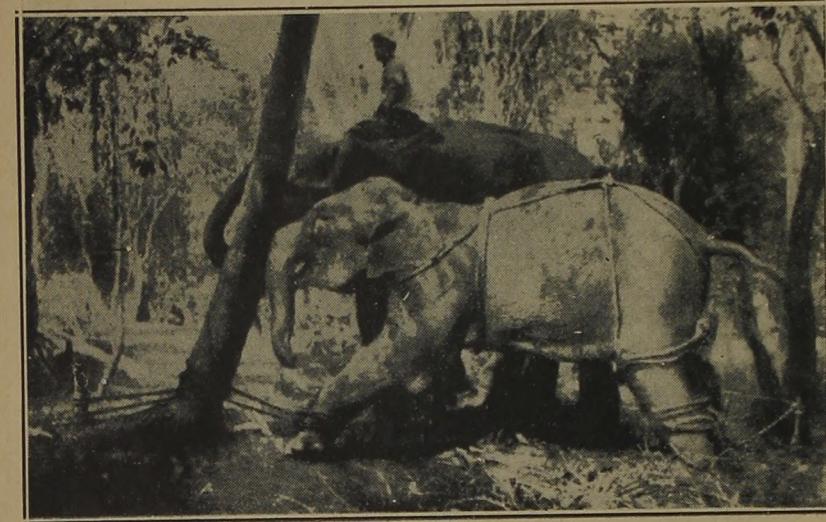
días, en un rincón de la selva, que la arreada se inicie. Ahora, les toca a ellos presentarse en el escenario. Se adelantan, con lentitud, el famoso "Billygamana", en primera línea. Es un elefante soberbio, que mide casi cinco metros de alzada. Viene, todos, bien engarzados y cada uno lleva en el lomo cuatro hombres armados con picas. A su lado, caminan los ojeadores.

te remolcador lleva al prisionero al pie de un árbol. Varios hindúes se acercan por detrás. En unos minutos, amarran sólidamente al elefante chúcaro. Este animalito nuevo, de un par de metros, arroja gritos lastimeros. Se debate, procura romper las ligaduras, y librarse de ellas. Uno de los dos elefantes que los acompañan, le da, paternalmente, un empujón en la cabeza

mando dolorosamente, no obstante el estruendo de los tiros y los picanazos, recorrió al trotar largo el circuito, atropellando a los ojeadores de las barreras, obligándolos a ponerse en salvo. La intervención de algunos elefantes domesticados la hizo entrar en razón. Se fué con el rebaño.

Poco antes de anochecer se suspendió la cacería. Se había capturado cuatro elefantes que estaban atados en los árboles. Los mansos, dirigidos por sus ginete, vinieron a colocarse de a dos, de cada lado de los elefantes amarrados. Mediante fuertes cuerdas, sólidamente envueltas alrededor del pescuezo, se ató por la cabeza o por el cuerpo a cada elefante salvaje. Se les cortaron las trabas de las patas. Luego el cortejo de los elefantes mansos, haciendo escolta a sus prisioneros, salió del cercado. Los elefantes chúcaros se resistían algo, pero los empujones y los golpes de trompa de los guardadores los hacían entrar en vereda, rápidamente. Se les colocó cerca del corral, en el bosque, con las patas vigorosamente amarradas en un árbol. Ninguno logró escaparse. Durante la noche, el rebaño de elefantes no capturados permaneció en el cercado, vigilado por un ejército de ojeadores, provistos de picanas y de escopetas.

Se continuó la captura los dos días siguientes. Los hindúes, provistos de lazos, habituados a afrontar aquel peligro, muy ágiles, pasaban en medio de los elefantes mansos, y parecían haberse puesto muy prácticos. Las capturas fueron efectuadas con suma rapidez. Sin embargo, a me-



res provistos de palos o de picanas, llevando los lazos y los nudos corredizos. Antes de penetrar en el cercado, cada elefante manso viene a arrodillarse, así como los hombres que lo acompañan, ante un pequeño altar rústico, consagrado a "Ajanayaka", su dios protector. Se ponen flores de coco, frutas y algunos ofrendas en el altar. La entrada en el cercado continúa sin novedad. Cada animal parece cumplir, perfectamente, con las órdenes de su jinete. Al cuarto de hora, se encuentran unos veinte.

A una orden del jefe que dirige la cacería, tres elefantes mansos salen del grupo y se adelantan hacia los elefantes indómitos. Estos, al verlos dirigirse hacia ellos, los miran y se dan vuelta para encaminarse con dirección al fondo del cercado.

Dos de los ojeadores que llevan los elefantes mansos, utilizándolos como medio de protección, van atrás de los elefantes indómitos, llevando el nudo corredizo, hecho con cuero de ciervos, en el cual van a enlazar a su víctima. Con inveterada destreza y pasmosa ligereza, enlazan la pata de un elefante inmóvil, mientras éste sigue a los demás. La cuerda queda tirante en el acto, porque la otra extremidad se encuentra atada en el pescuezo de un elefante manso. Este tira y remolca hacia un árbol al paquidermo cuya pata se halla presa. El pobre indómito se debate cuanto puede, procura volver al rebaño, pero como es menos vigoroso que el elefante domesticado, se ve obligado a seguir, reculando, al que lo arrastra. En el acto otros dos elefantes mansos lo rodean, empujándolo sin hacerle daño. El elefan-

a objeto de obligarlo a retroceder y a colocar las patas cerca del árbol. Despues, recibe empujones para forzarlo a seguir la dirección debida. Se encuentra completamente sujeto y atado, por fin. Se queja, brama desesperadamente. Está bien



maneado de las patas y sujeto en forma al pie del árbol.

INCIDENTES DE LA CAZA

Aunque tímido y fácil de asustar, el elefante indómito, no por eso deja, a veces, de defenderse. Al notar que su hijo ha sido capturado, ha visto una hembra atacar, repetidas veces, a sus apresores. Con la trompa levantada, castigándose con furia los ijares, aquel magnífico animal, bra-

dida que el rebaño disminuía, resultaron más difíciles y peligrosos. Varios elefantes atropellaron a los ojeadores, pues quedaban los más grandes y vigorosos.

El trabajo prosiguió así, en buenas condiciones y sin demasiadas dificultades. De los 42 elefantes del rebaño chúcaro, se capturaron 36. Dos resultaron muertos, el primero de un tiro, al penetrar en el cercado; el otro, se ahogó en el estanque.

PAGINA DE MODAS



Vestido de moiré color violeta, adornado con bordado de acero



Vestido de crespón "marrocain" y "crêpe georgette"



Vestido de crespón de China, con ancho plisado en los costados.

Lindo vestido de punto de seda

MANOS QUIETAS

Por ANDRES BIRABEAU



Un matrimonio bueno. Todo invita a la felicidad. Jóvenes, simpáticos, entendiéndose bien; ella, una mujer bonita; él, un buen muchacho; suficientemente ricos; sin ambiciones, sin parientes, sin hijos, todo parecía estar dispuesto para ser felices, os lo aseguro. Pero... ella tiene un defecto



Illo: es ladrona. ¡No! Perdón. Emplear una palabra como esa habiendo otra más apropiada, es una ruindad: es cleptómana.

Una enfermedad. Se dice, a veces que hay enfermedades vergonzosas. Y nunca se dice de ésta: es un error; ésta es mucho más vergonzosa que las otras. No sé si Berpré hubiera preferido que su mujer tuviese una de éas mejor que la que tenía. Es odioso, puede usted creerlo, ser el marido de una cleptomana... cuando se es una persona honrada, desde luego.

Berpré tardó algún tiempo en darse cuenta del defecto de su mujer. A ésta le entusiasmaba ir a las tiendas..., como a todas las mujeres. ¡Adónde iba a ir! Su marido estaba ocupado en sus negocios hasta después de las seis. Todos los meses le daba a su mujer una cantidad para que comprase sus cosas,— suficiente, pero no excesiva. Jamás llegó a gastarla toda. Sin embargo, no había día que no trajese un objeto a su casa. Una cosa le extrañó mucho: cuando le encargaba una compra para él la hacía bastante mal: suponga usted que le dijera: "Querida: cómprame seis cuellos blandos del número 39; le traía uno sólo y del número 43. Un día sé echó en sus brazos temblando:

—Querido amigo, ampárame, protégeme, escéndeme. Tengo miedo. Me volví maquinalmente en la esquina y lo he visto. Lo he reconocido bien. Lleva siempre la mis

ma corbata blanca y su levita, que asoma por debajo de su abrigo. ¡Me ha seguido!

—Pero quién?

—El policía que está en la puerta...

Y la declaración iba unida a las lágrimas. Una enfermedad, quién sabe si congénita, porque recordaba que desde muy chico sólo gozaba robando. Robaba a sus padres, a sus amiguitos, a la vendedora de caramelos... Robaba plumas, azúcar, perras chicas. Y no era sólo avaricia, pues colmaba de regalos a sus compañeras, y al final de cada año iba a dar una moneda de plata a la vendedora de caramelos. "Si, señora; es preciso que la tome, porque durante todo el año os he hurtado regaliz y bombones sin que usted lo notase". Una enfermedad que había estado curada varias veces y había tenido sus recaídas. ¡Vea usted si para semejante enfermedad son o no peligrosos los grandes establecimientos. Cuando era joven nunca iba sin su madre; entonces no podía hacer nada, no sentía más que el deseo, un deseo casi invencible que le hacía latir con fuerza el corazón, temblar las manos y tener al salir insignificantes ataques de nervios. Pero desde que se casó iba completamente sola...

—Comprendes? ¡Querido mío, es más fuerte que yo; hay algo más fuerte que mi voluntad, que me obliga a mover el brazo. Voy con la intención formal de comprarlo, tengo el dinero preparado en mi mano izquierda; pero desde el momento que mi mano derecha toca el objeto, estoy perdida, es preciso que lo robe!

—Pero, desgraciada, ¡no piensas que pueden verte..., detenerte!...

—No pienso en nada. Me parece sentir una mano sobre mi espalda... ¡Oh! ¡Morría de vergüenzal!...

—Y eso ¿no te contiene?

—No, amor mío: creo que es eso precisamente lo que me incita.

—Desearía usted ser el marido de una mujer semejante?... Berpré quiere a la suya desde hace algunos años; la quise mucho, mucho; a pesar de eso, no podía quererla menos. Pero... pero... esto le... ¡Ah! Vais a permitirme que diga la palabra exacta: ¡le indignaba!

—Querida mía, te lo suplico; has un esfuerzo. ¡Esta corbata está pagada!

Le juraba que sí; pero Berpré no se ponía la corbata. Otra cosa; su mujer tenía la costumbre de hacerle algunos regalos el día de su cumpleaños, el de su santo o por recordar un día feliz, o por capricho. Esto era encantador. Era una manera de pensar en él constantemente. ¡Y ahora pensaba para poder poner sobre la mesa

el objeto que había robado aquel día!... Una noche que la tenía entre sus brazos, acariciándola a través de una camisa muy fea, casi perversa, exclamó: "¡Ves esta camisa..., pues bien... ¡un día de afluencia!..." Berpré sólo tenía confianza en los muebles porque esto, al menos, estaba seguro que no podía transportarlo bajo sus brazos...

Lo que es preciso es curarla. En fin, intentémoslo.

—Es muy sencillo. A partir de hoy no volverás a las tiendas.

—Pero, amor mío, y todas las cosas que necesitamos...

—Se las encargas a cualquiera..., a una de tus amigas...

—Eso es imposible. ¡Concibes tú a la señora Berpré pidiendo a la señora Villepey, por ejemplo: "Amiga mía, quiere usted hacer el favor de comprarme tres chalecos de franela y dos calzoncillos blancos para mi marido?... Imposible.

—Bueno, pues iré yo mismo — replicó Berpré.

Y lo hizo. Fué él quien compró la ropa interior de seda y batista para su mujer, el rojo de los labios, el lápiz de los ojos... Esto no es muy agradable, pero es preferible a lo otro, ¿verdad? ¡Y si esto podía curar a la pobre enferma!...

Parecía que estaba mejor. Pero, sin duda, se aburría, se torturaba la cabeza pensando qué hacer durante todo el día, sin poder ir de tiendas; ¡claro, que al menos no robaba!... Poco a poco se fué acostumbrando; su cabeza estaba tranquila.

—Creo que estás salvada, querida mía...



y que de aquí a un mes o dos no tendrá necesidad de ir a comprar tus medias de seda y tus paños de tocador.

—Usted pensará como yo? Yo creo en la existencia de un diablo que tiene el maligno placer de contradecirnos cuando hemos cometido la imprudencia de alegrarnos de una cosa. Aquella misma mañana le dijo ella: "Es extraño; hace quince días que no me duele la cabeza". Y, sin

embargo, al volver por la tarde a su casa hallo a su mujer nerviosa, temblona, procurando ocultar una magnífica pipa entre sus manos.

—¿Qué es eso? — exclamó Berpré aterrado. — Has estado en el "Paraíso"?

—Sí.

—Y has... esta pipa?...

—Sí.

Era una pipa soberbia de concha con incrustaciones de oro.

—No tiene cura. Empieza de nuevo. ¡Es espantoso!

Pero era tan magníficas, que esta vez se rebeló la conciencia de Berpré. No se puede guardar un objeto de ese valor. ¡Humillarse? Sea; por desagradable que fuese, todo antes que quedarse con ella. Es necesario. Y puesto que era necesario, lo hizo. El encargado de la tienda le escuchó en silencio, quien sabe si apenado, contento o sorprendido. Despues cogió la pipa que Berpré le presentaba.

—Pero, señor — dijo — está usted equivocado. Esta pipa está pagada. Mire usted la etiqueta del dependiente, su número, la fecha... mire.

El pobre hombre no lo creía. Fué preciso enseñarle los libros de caja, presentarle el dependiente que aún lo recordaba. Hasta entonces no llegó a comprender que una mujer que no va a las tiendas se aburre, que una mujer que se aburre encuentre fácilmente un hombre y que una mujer que ha encontrado varias veces al mismo hombre puede tener la necesidad de ofrecerle una pipa, aun pagándola...

Al menos es la prueba de que ya está curada. ¡Eh! No del todo porque esta eleptómana roba ahora la felicidad del pobre hombre.

El verdadero cristianismo

Cuando Cristo en el evangelio habla del juicio eterno, la pregunta que se ha de hacer a los hombres nunca es: "¿Me habéis alabado? ¿Me habéis implorado? ¿Creíais en esto o en lo otro?" Sólo se pregunta esto: "¿Qué hicisteis para remediar la aflicción, para extirpar la miseria?"

Aquí está el espíritu esencial del cristianismo. Su enseñanza fundamental no es: "¡Cuida tu cuerpo y salva tu alma!", sino: "Haz lo que predas para que este mundo sea mejor para todos".

Fué una protesta contra la doctrina egoista de "cada uno para sí y el diablo cargue con los de atrás". Fué la proclamación de una paternidad común: la de Dios, y una fraternidad común: la de los hombres.

Por esto, los ricos, los poderosos, los sacerdotes, los legisladores, persiguieron y continúan persiguiendo el cristianismo a sangre y fuego.

El cristianismo no es lo que todavía en los templos se llama religión; es la doctrina de la igualdad de los derechos humanos.

Poemas de Amarou

INDIFERENCIA

Si yo le dijera mi pena al torrente, el torrente se detendría; si se la dijese a la palmera, la palmera se inclinaría hacia mí. Pero tú, que sabes mi sufrimiento, pasas cantando y ni siquiera me miras.

Yo te diré mi pena al torrente; si el torrente no se detiene, sus aguas, por lo menos, refrescarán mis sienes.

Yo contaré mis cuitas a la palmera; y si ella no se inclina hacia mí, por lo menos me dará su sombra.

Una vez más, a pesar de mi vergüenza, te he dicho que sufro y tú no quieras darmelo ni el agua de tus ojos ni la sombra de tu sombra.

EL AMOR INVENCIBLE

La mitra de oro de los Dvidjas ciñó su frente. Posée treinta elefantes y cien esclavos. Su palacio se eleva sobre la colina de Tehandamá, y, sin embargo, llora hoy como un pobre cultivador de arroz que ve perdida su cosecha por la inundación.

¡Oh! Krytavma, dueño de treinta elefantes y de cien esclavos: ni tu fortuna ni tu poderío intimidan, ya lo ves, al Amor.

Nada pueden contra él las flechas de tus guerreros...

¡Deja correr tus lágrimas!

EL POR QUÉ

Si tantos pájaros cantan en los áboles de Kadinvá; si las flores de Kadinvá no se marchitan jamás; si el cielo de Kadinvá no se ve jamás cubierto de nubes, es porque un día tú atravesaste, amada mía, las praderas azuladas de Kadinvá.

LA CANCIÓN DE LAS FLECHAS

Cuando atravesamos vibrantes el espacio, ¡oímos, acaso, nuestro grito! Es como el grito del viento que se deslizaba entre nosotras cuando sólo éramos simples ramas.

Cuando atravesamos el corazón de un hombre, ¡oímos, por ventura, nuestro grito! Es como el grito del hacha al lanzarse

sobre nosotras, cuando sólo éramos simples ramas.

Cuando reposamos en el carcaj del agil guerrero, ¡oímos nuestro estremecimiento!

Es como el ruido de alas que nos adormecía en la noche cuando sólo éramos simples ramas.

LAS MARGARITAS

Ella se había colocado en la cintura un ramo de margaritas, cuyos pétalos se replegaron instantáneamente.

—¿Qué habrá ocurrido? — me preguntó perpleja.

—Nada — le respondí; — que has mirado esas flores con tus grandes ojos negros y ellas han creído que llegaba la noche.

INJUSTICIA

Tu amor por mí, ¡oh Gayatú!, es más inconstante que el incierto reflejo de una palmera sobre el agua de un lago surcado por las barchas.

Cuando todas las barchas se alejan, el agua del lago se transforma en límpido espejo, pero tu corazón sigue receloso después que me has perdonado.

HIMNO

¡O muerte con rostro de aurora! ¡Oh muerte coronada de flores y ebria de dicha por haber tenido entre tus brazos, desde el comienzo del tiempo, a todos los hombres y todas las mujeres! ¡Oh muerte de los labios sellados! ¡Oh sierva de la Trimourthi, inexorable a la súplica de las almas bajas y piadosa al llamamiento de los dioses!

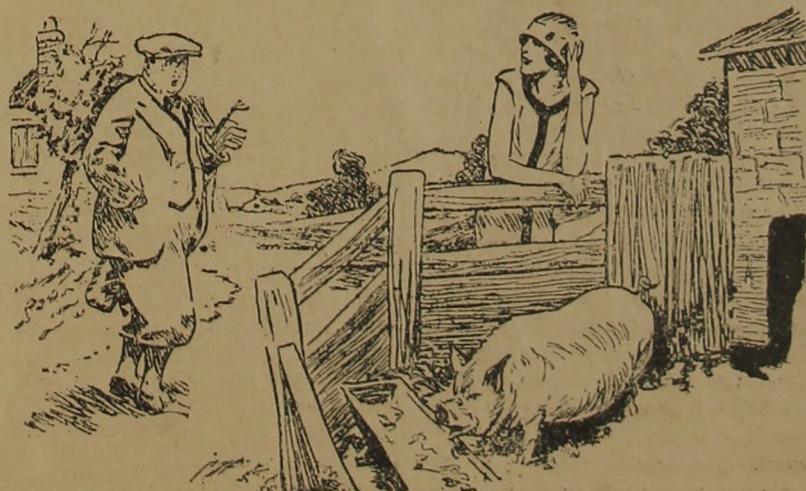
¡Oh aniquilamiento creador! ¡Oh muerte con rostro de aurora!

LAS DONCELLAS DE DACAPOUR

Son blancas como las nieves de sus montañas, y sus ojos azules recuerdan los ventisqueros de Kara-Koroum.

Cuando en los días de fiesta bajan a la ciudad, diríase que comienza a nevar de pronto sobre los senderos.

OPORTUNO



Ella: (sorprendida) ¡Hombre! Casualmente estaba pensando en ti.

EL ALMA ÁRABE

¡El alma árabe!, exclamó Feyrolles, teniente de indígenas en Galés. Os desafío a los cuatro a que las comprendáis, por poco que sea!

En la sala del comedor, los jóvenes oficiales, ha poco llegados a Túnez, miraban silenciosos, el anochecer que, de prisa iba cubriendo con sus velos el oasis.

Feyrolles prosiguió:

—Poquísimo, entre los veteranos de la aldea, pueden jactarse de conocer a fondo el alma árabe.

Hace diez años largos que vengo viviendo entre Nefta y Bir Keira, la perla de las aldeas. No cuento más las columnas entre las cuales conocí los defallecimientos de los ojos ardientes y de las gargantas roncas. Pues bien, aún me sorprendo, parándome delante el andar raro e indolente de una de esas árabes que pasan, descalzas en la arena cálida, con su piel morena oculta por los *haiks azules*.

¡El alma árabe! No procuréis definirla! Quizá os persiguiera, entonces, la misma obsesión que me atribula de un tiempo a esta parte: morir de sed en una duna enceguecedora. O, bajo una carpa, cualquier noche, ser encontrado, tirado en el suelo con algo rojo que manchara vuestra blusa...!

Y después de una blasfemia apenas reprimida, Feyrolles salió del corredor de los oficiales. Sus compañeros divisaron su silueta alta y esbelta, que se dirigía hacia el arroyo.

Como acababa de manifestarlo, hacía mucho que Juan Feyrolles vivía en el Sud de Túnez. Por el hecho de que su destino era voluntario, perseverante, creíase que emanaba de alguna dolorosa aventura ocurrida en Túnez.

Inteligencia culta y exquisita, se le conocía por su carácter independiente.

Como buscara cualquier oportunidad para internarse en el extremo Sud que le atraía, le fascinaba, volvía de esas corriadas largas y peligrosas, conservando en la mirada un brillo raro que solía hacer decir a los habitantes del círculo:

—¡Pobre Feyrolles! Procura olvidar, pero su dolor le persigue, le consume.

Aquella noche, luego de haber pasado el puente de Djara, Juan Feyrolles costeaba el arroyo, con lentitud.

Las botas hundíanse en la arcilla roja, húmeda, pisada durante el día por las mujeres que vienen a lavar sus largos *haiks* blancos y azules. A menudo había seguido con la mirada los brazos bronzeados—rodados de esclavas sonoras—que se alzaban y bajaban en medio de risas ahogadas.

Descubría en aquellas criaturas, de las cuales, algunas muy jóvenes, eran hermosas, un encanto, un atractivo salvaje que lo mareaba.

POR J. JAUABERT
:: DE BERSAC ::



Se alejó de la aldea, pasó delante la cascada de Chemini y llegó a un terreno desnudo y arenoso, donde se erguía una ermita bastante alta, y a unos treinta pasos, dos otros templos más pequeños. La puerta de madera verde, claveteada, se hallaba disimulada bajo una galería, groseramente construida, apoyándose sobre unas columnas pesadas y deformes, carcomidas por el tiempo.

Se sentó en una pared baja y arruinada que las sostenía, y esperó.

En medio de la calma de la noche azulada, percibió un paso leve en la arena. En el acto una mujer penetró en el rayo de luna que bañaba la entrada de la ermita.

La contempló en seguida.

Alta y flexible, en su *haia* desabrochado en el hombro izquierdo, los brazos desnudos, colgando a lo largo de las estrechas caderas, en los delgados tobillos las pesadas pulseras de plata con cabeza de serpiente, aquella hermosa árabe se erguía, por completo, ante el santo, absorta en una oración fervorosa.

Feyrolles miraba fijo, aquel rostro desabrigado, de un óvalo perfecto, nariz delgada y recta de las mujeres tuareg. Sus ojos negros brillaban bajo el velo de los largas pestanas negras.

Erase el 7.º día que la veía así, sola, rezando, cual sacerdotiza de un antiguo templo romano. Y Feyrolles sentía su espíritu febril adherido a la garganta espléndida de aquella soberbia mujer.

Las cuatro últimas noches había querido hablarle, y ella cada vez, sin alejarse, se lo había impedido, huraña y, cada

vez, su oración terminada, él la había dejado alejarse con dirección a los jardines de Djra.

Pero, aquella noche, resolvió definir la situación y arrostrar el todo por el todo. Le latían las sienes, y abrasada por el deseo, se sentía la garganta seca.

Esta vez Feyrolles se adelantó hacia la hermosa beduina y le agarró uno de sus bellos brazos desnudos. Pero, en el acto arrojó un grito de dolor. La mujer acababa de morderle la mano.

Entonces cierta ira mal reprimida se apoderó de él. Con toda brutalidad cogió las muñecas delicadas, e inclinándose sobre el rostro impasible, gritó:

—Estás loca? ¡Por qué defenderte de ese modo? Cuando una mujer, sola, de noche, vagabundeá cerca del arroyo, sabe perfectamente a quien se destina.

Ella contestó procurando librarse de aquel apretón que la martirizaba.

—No. Sidi Abslem es grande, y tres veces santo en la tierra. ¡Ignoras su poder? ¡Y no has adivinado por qué hace siete noches que vengo aquí?

De súbito Feyrolles comprendió. Encotraba cerca de Sidi Abslem, ermitaño venerado en el Sud, y visitado por las esposas estériles. La mujer que él brutalizaba, venía a implorar al santo para lograr un hijo. Feyrolles se avergonzó de su acción y dejó los brazos doloridos. Iba a interrogarla cuando sintió en sus hombros las manos largas y finas posarse con suavidad. La mujer árabe lo llevó frente al rayo de luna y lo miró con ardiente curiosidad.

sidad en la cual él creyó discernir cierta admiración no disimulada.

Entonces, estupefacto, le oyó decir lo siguiente:

—Si Abderhaman, el rico comerciante, me compró hace cuatro veranos a mi padre, Hady Amor Boubaker. Pero Si Abderhaman es anciano y sus fuerzas se han gastadas por el Kif que fuma con exceso. Está muy enojado. Quiere un hijo.



Lo espera. El día de l'Aad El Kébir, cuando le presenté el té de año nuevo, me dijo: "Si para la próxima fiesta, de esta misma fecha, no me has dado dos ojos como los míos y dos brazos robustos, hija de sangre pobre, te expulsaré!".

Zniyah, mi vecina, me habló al otro día de Sidi Abslem, el célebre ermitaño. Por eso he venido. Sé que mi sangre es joven y rica. Se me antoja que es mi amo, Si Abderhaman, quien debiera rezar en lugar mío. Pero, me ha prohibido de pedírselo. Si Abslem nada puede hacer en mi favor, puesto que mi carne es fecunda.

CUADRUPEDO

He aquí las dos cartas que se cruzaron entre un sobrino desmemoriado y un tío rico y afectuoso: durante la gran guerra.

"Queridísimo tío: En la última ofensiva me han herido tan gravemente en una pierna que tendrán que amputármela con toda urgencia. Te ruego me envíes 500 pesos para comprar una artificial. Te abrazo, etcétera, etcétera".

La árabe hallábase oprimidísima contra Feyrolles. Dijo:

—Las noches anteriores no te he visto, pero, ahora, te miro, pues tus manos han cogido con vigor mis muñecas. ¡Ah! ¿por qué me has apretado de ese modo?

Oyeme. El tiempo pasa, la hora se desliza y Sidi Abslem es poderoso. Es poderoso y bueno. Es poderoso y justo...

Oye algo más. Esta noche mi amo, mi dueño no es Si Abderhaman, débil y anciano. Tú bien sabes cuál es mi dueño, mi amo, esta noche, tú, que eres joven y vigoroso...

Feyrolles, sofocadísimo, mareado por el ambiente, mareado por la presencia de aquella mujer joven, fresca y bella, le oyó agregar en voz queda:

—Mañana o el día que le siga, te mataré a objeto de borrar la falta, el pecado, para que el hijo de mi sangre me venga con ojos negros y brazos robustos... Así lo ordena Sidi Abslem, quien nos está mirando...

Feyrolles se sonreía. La árabe, aún más débilmente, le repitió:

—Sí. ¡Te mataré...

En el oasis silencioso, apacible, a lo lejos una flauta dejaba oír una melopea rara, las negras palmeras se inclinaban en las orillas del arroyo, la sombra envolvía los jardines embalsamados, fragrantes de Djara...

La noche siguiente, entonces, que Juan Feyrolles descansaba en el campamento, una sombra ligera deslizóse bajo su capa largo rato, dos ojos grandes, bellos, permanecieron fijos, clavados en su rostro tranquilo.

Un si es no es dormido, oyó estas palabras:

—¡Oh! tú, cuyo brazo es vigoroso, duerme en paz. Llevaré con júbilo tu hijo en mis entrañas. Será un hombre valeroso, un jinete intrépido! Mi corazón queda unido al tuyo por la gratísima remembranza de la otra noche... Pero, lo he jurado! Sidi Abslem ordena que duermas, y yo le obedezco, alma del alma mía!

En ese momento Feyrolles, con lentitud, entreabrió los párpados, como si saliera de un dulce sueño. El resplandor de una hoja de acero, en la sombra, se lo hizo cerrar, de nuevo, con suavidad, lentamente...

Al despuntar la aurora, llamados por su spaki despavorido, los compañeros de armas de Juan Feyrolles, al penetrar en la capa, viéronlo en su lecho de campamento, palidísimo, inmóvil, con algo rojo, un líquido, que manchaba su blusa kaki.

No es la verdad

el fin del arte...

No es la verdad el fin del arte. Debemos exigir la verdad a las ciencias, porque se proponen investigarla, pero no lo pidamos a la literatura, cuya misión consiste en crear belleza.

La Cloe de la novela griega, no fué jamás una verdadera pastora, y su Dáfnis jamás fué un verdadero pastor; a pesar de lo cual nos agrada todavía. Al griego sutil que nos refirió su historia, no le preocupaban los establos ni los carneros, atento sólo a la poesía y al amor; y como se propuso entretenér gratamente a los ciudadanos con el cuento de un amor sensual y gracioso, lo anidó en los campos, adonde sus lectores no solían ir porque eran viejos bizantinos encanecidos en el fondo de su palacio entre feroces mosaicos, detrás del mostrador sobre el cual habían amasado enormes riquezas. Para divertir a esos viejos taciturnos, el cuentista les presentó dos hermosas criaturas, y para que no confundieran su Dáfnis y su Cloe con los pilluelos y mas muchachitas viciosas que abundan en las calles de las poblaciones, tuvo la preocupación de advertir:

"Estos de que os hablo vivieron tiempo atrás en Lesbos, y su historia fué pintada en una tabla consagrada a las Ninfas".

Se anticipó a tomar la útil precaución que las viejas toman siempre al principio de un cuento: "En la época en que Berta hilaba" o bien "cuando hablaban los animales"... Para interesar y emocionar con una historia, es necesario substraerse algo a la experiencia y a la costumbre.

Anatole FRANCE.

VISITA



—Preciso ver al jefe de la familia.

—Espere un momento, señor; ahora, precisamente, se está decidiendo esa cuestión.

"P. S. — Te envío mil pesos para que pagues tus deudas".

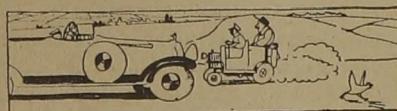
ESTIVALES

LOS AUTOS

Contra los "autos" mi musa hoy trina...
¡Maldita sea la gasolina!

¡Mueran los "autos" que el veraneo
me han hecho "polvo" por lo que veo!...

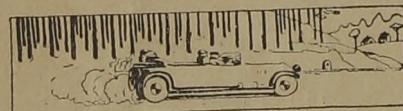
Yo, que aire puro busqué en la Sierra,
vivo entre nubes de polvo y tierra...



Justo es, señores, que en ira vibre...
¡Huele esto a pino, o a "escape libre"!...

¡Do está el perfume de la resina?...
Hoy el paisaje huele a bencina...

y mis pulmones, con tal deleite,
son dos bidones de gas y aceite.



Contra los "autos" está que trina
mi pobre musa, que a pie camina...

¡Quién veranea ni un mes tranquilo,
teniendo el alma siempre en un hilo?...

Yo a mis chiquillos grito en voz fiera:
"No crucéis soles la carretera!"



Porque si cruzan, pues me los cogen
o los "Hispanos" o los "Citrógenos".

El "miedo al toro", que antes había,
en "miedo al auto" trocéso hoy día.

Más que a los "Palhas" creánme ustedes,
tememos todos a los "Mercedes".

Y así vivimos, ¡ay de nosotros!,
entre los "Essex", y entre los "Otronos".

LUIS DE TAPIA

Las vírgenes son flores misteriosas que
crecen en parajes solitarios. — Chateaubriant.

La magnitud del bien que gustamos, la
apreciamos por la profundidad del mal
que hemos sufrido. — Rigel.

¡Mueran los "autos" que ante las gentes
de estas "Colonia" cruzan valientes!...

¡Ojalá encuentren coches tan bravos,
las carreteras llenas de clavos!...

¡Dé Dios al "auto" que prisa lleva
treinta kilómetros de grava nueva!...

¡Que se le crucen, por los caminos,
cuarenta vacas y cien cochinos!...

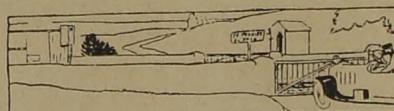
¡Y once horas pase tragando hiel
ante el cerrado "Paso a nivel"!



Contra los "autos" mi musa hoy trina...
¡Maldita sea la gasolina!...

¡Maldito el coche que nos apesta!...
¡Maldito el "auto"... (que tanto cuesta)!...

¡Maldito el "auto"... cuando es ajeno!...
(Porque si es propio, resulta bueno).



¡Y es que es un chisme sucio y cruel
que sólo sirve... para ir en él!

¡El hombre, ¡oh, dioses!, es tan canalla
que a pie protesta, y en coche calla!

No juzga al "auto" de igual manera
cuando va dentro, que yendo fuera...



Y hasta el poeta cambia de humor
si es propietario de un simple "oFrd"...

.....
¡Somos, señores, de lo peor!

EL LAGO

Las aguas de los lagos son quietas como
almas enclavadas en contemplación: mirando al cielo cara a cara, siempre al mismo
pedazo de cielo, acariciando hora tras hora idénticas orillas, ignoran los éxodos
violentos de las aguas del mar, las peregrinaciones fluviales, los saltos vestidos
de espumas de las cataratas sinfónicas, el
quebrar de ondas, luces y ritmos entre guijas y escollos, el celebrar de nupcias con
el sol en los remansos sobre lechos de arena, las escaramuzas galantes con juncos y gramas; para ellas no hay más ciencia que la ciencia del cielo; lo saben azul, lo conocen gris, han contacto sus horas de sol y sus noches de luna; saben, merced a astrologías tan viejas como el mundo, cuál es la estrella cuya aparición marca la hora del ensoñar y cuál es la que llama al aqüelarre y cuál el lucero que suscita canciones de poetas y cuál otro el que acoje juramentos de amor.

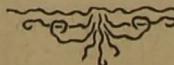
Y como la ciencia de lo alto es su ciencia, la vida de lo alto es su vida; dóciles se sonrojan al alba con las nubes rosadas que preceden al sol, y en las mañanas claras de invierno son como espejo blanco que relata la liz, blanca también, del sol y de la escarcha, y en las tardes imperiales de otoño hay incendio en sus aguas, hermano del incendio del poniente, rojo y topacio, con mares de fuego y alcázares de luz.

Eternamente quietas para el que pasa y mira, también eternamente vibrantes y movedizas para el que a su lado descansa y contempla, hay como un aliento que va y viene y las riza, frisándolas; hay un temblor sobre ellas como el temblor del aire en torno de las luces de un altar; hay un chapoteo como de almas que cuchicheasen o de besos que estuviesen naciendo; las imágenes en aquella quietud se pintan siempre inquietas, y las sombras de los árboles que están en la orilla van y vienen tendidos en el aire a ras del agua, como si no acabasen nunca de caer.

Es curioso seguir el movimiento de una escama y un espejo, que lleva encima un reflejo de sol, que le pierde bajo la sombra de un sauce o de un álamo, que vuelve a lograrle y le vuelve a perder, que se pierde ella misma en el centro de la planicie líquida, entre la silenciosa legión de hermanas que a cada instante se suscitan y mueren.

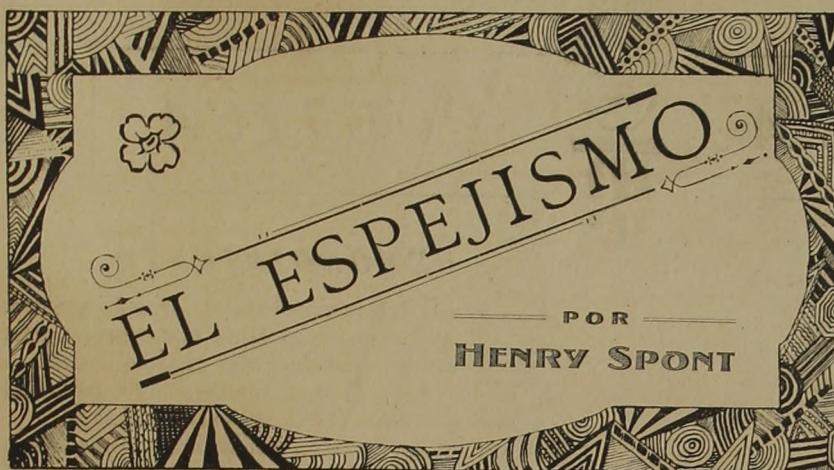
Por este vivir manso y perdurable, por esta mística serenidad contemplativa que hace a los lagos semejantes a todas las almas de poeta, yo bendigo sus aguas y quisiera tener para ellas una corona de rimas.

Gregorio MARTINEZ SIERRA.



La virtud suele valerse del vicio para
llevar a cabo actos de sublime valor.—
Rigel.

La meditación religiosa es el sentimiento
más íntimo que el hombre puede experimen-
tar. — Mme. Stael.



Llegaron a lo alto y Juan Pedro se detuvo entonces. Mostrando con la mano los picos sombríos que dominaban el vasto campo de nieve, dijo:

—Señorita, créame; no insistamos. He hecho mal en acceder a su capricho. Todavía nos faltan dos horas para llegar a Crabioules. Volvamos a Espingo.

Ella le miró fijamente y dijo:

No tengo miedo. Crabioules me gusta. Quiero subir allí y subiré.

El hombre desvió los ojos. Decididamente, aquella mujer le embrujaba; no podía luchar contra ella. Guía de primera clase para todos los Pirineos, aquel rudo montañés de treinta años se sentía desarmado ante la joven.

—Como quiera, señorita — repuso. — Sólo le ruego que obedezca mis consejos.

Vivamente desplegó la cuerda, la anudó a la cintura de la muchacha y seató él también.

—Camine sobre mis huellas — dijo el guía; — apóyese sobre el bastón y si se resbala no tenga miedo; aquí estoy yo.

Durante aquellas dos horas de silenciosa lucha, Juan Pedro Garrigon no olvidó ni un segundo al tesoro viviente cuya existencia dependía del menor de sus movimientos. No experimentaba la más leve inquietud. Era el jefe, el amo. Con su pie, manejado con diestra mano, levantaba los trozos de hielo que brillaban a la luz resplandeciente del sol.

—Es usted un buen guía — dijo la joven.

Juan Pedro hizo alto y cubrió con un chal sus espaldas humedecidas.

—Esuere un momento — dijo. — Voy a estudiar desde un poco más cerca el terreno. No se mueva.

Comenzaba a alejarse, cuando oyó un grito desgarrador, multiplicado por el eco. Al darse vuelta vió a la joven que resbalaba con rapidez vertiginosa hasta detenerse milagrosamente al borde de una grieta.

Garrigon se precipitó y palpó con delicadeza el frágil cuerpo.

—No está usted herida, gracias a Dios — murmuró. — ¡Qué miedo he tenido!... — Por qué me ha desobedecido usted? Un paso más y...

La intrépida viajera le miró con los ojos llenos de lágrimas. Garrigon tomó el frasco del ron y la hizo beber algunos sorbos.

—Beba usted y procure ponerse en pie — dijo. — Hay que caminar, acelerar la circulación de la sangre. Cuando se fatigue, ye la llevaré.

Dócil, ella se levantó, afirmó un poco sus temblorosas piernas, aturdida aún por la violencia del golpe. Se tomó al brazo del guía y los dos, lentamente, empezaron a bajar como dos viejos que buscan su camino. ¿Cuánto duró aquel descenso entre las rocas y los campos de nieve? Juan Pedro no hubiera podido decirlo. Su instinto de montañés le permitía guiarse a través de los obstáculos; pero su pensamiento estaba en otra parte. Caminaba como en sueños, dulcemente conmovido por el contacto de aquel cuerpo que se confiaba a su fuerza, llevando entre las suyas aquella menuda manecita.

Caía la tarde y ya los pastores encendían en las montañas las hogueras. El día acababa como el ensueño.

En el lago de Espingo encontraron el sendero abierto y llegaron a las Granges de Astan cuando cerraba la noche.

Por una suprema necesidad de sentirla aún contra él, Juan Pedro tomó la joven y la depositó suavemente sobre los almohadones del coche.

Ella sacó la cartera y, alargándole varias monedas de oro, dijo:

—Acepte usted esto en recuerdo mío. Gracias... Adiós...

* * *

La noticia del salvamento corrió de boca en boca, y un mes más tarde Juan Pedro Garrigon recibió la medalla al valor del Club Alpino. Pero aquel triunfo no le conmovió y continuó triste y melancólico.

Sentado ante el fuego que chisporroteaba, permanecía largas horas silencioso. Su madre le decía:

—Esa pequeña te ha embrujado.

Y Juan Pedro no se atrevía a protestar, porque era verdad. Era demasiado sensato para creer que hubiese inspirado a aquella

desconocida otro sentimiento que el de la gratitud. No se quejaba y vivía en un mundo de ensueño.

Cinco años pasaron así, esperando su vuelta, porque ella había prometido que volvería.

Un día que estaba aguardando viajeros que solicitases sus servicios de guía, la vió bajar del coche. Un joven la acompañaba.

Juan Pedro se la quedó mirando, a la espera de que lo reconociese, pero ella no lo advirtió siquiera. Indicó al guía el camino que deseaban seguir y los tres se pusieron en marcha. Garrigon temblaba.

—¿Qué encuentras a los Pirineos, Bob? — dijo la joven. — ¿No te parecen ideales para un viaje de novios?

—Ideales, verdaderamente.

—Yo conservo malos recuerdos de ellos. En una ascensión poco faltó para que pereciese.

—De veras?

—Sí; fué al bajar del pico...

Crabioules, señora — dijo Juan Pedro.



—Eso es. A no ser por el guía, la caída me cuesta la vida. Era un hombre muy bueno. Se llamaba...

—Garrigon, señora — dijo Juan Pedro.

—Le conoce usted?

—Sí, señora.

—Pues no se olvide de saludarle de mi parte.

Reinó el silencio. Juan Pedro seguía caminando, con la cabeza baja. Grandes sollozos sacudían sus hombros.

A cada paso tropezaba con las piedras...

Una voz de hombre, imperiosa, gritó:

—Cuidado!... Casi me hace usted caer... Este hombre debe estar ebrio, querida...

No sé por qué le hemos tomado como guía...”

PAGINA



POETICA



Vida de lirio tuvo tu poema.
Y hoy, yo lo beso igual besara un lirio,
Sintiendo que la boca se me queda
Sobre la sangre de tu cruel martirio.

Frente a la plebe, que empeñada en verte
Cuenta que moras en la azul altura,
A veces me convenzo. Eras muy fuerte,
No hubieras encontrado sepultura.

Mi espíritu a tu espíritu sondea.
Mi mente, de tu mente está sedienta,
Mas, ... lo que te revelo no te asombe;

Doy a la luz una salvaje idea:
¡Como en cada criatura una osamenta,
Quiero una religión en cada hombre!

F. H. GONZALEZ.



REMORDIMIENTO

La tarde hace más grande mi dolor, más obscuro.
Como un fantasma, se adelanta el remordimiento,
y, con dedos de sombra, escribe sobre el muro
un (Mane Thecel Phares) imminent y sangriento.

Con el llanto que brota mi corazón, habría
para colmar un mundo de miseria y de escoria;
las nubes pasan negras, y me ponen umbría
la ilusión, frío el sueño, y medrosa la gloria.

¡Oh, qué mano pudiera desbaratar lo hecho
clavar en cada espina una hoja de rosa,
poner la tarde en orden, y convertir el pecho
en una estrella grande, serena y luminosa!

Juan RAMON JIMENEZ.

MENSAJE

Suspiros de las tardes silenciosas,
Que invitáis a evocar bellas auroras;
Y saturáis las almas soñadoras
Con perfumes dulcísimos de rosas;

Suspiros que sois notas cadenciosas
De músicas sublimes, seductoras;
Suspiros que encerráis inspiradoras,
Embriagantes, aromas milagrosas:

Llegad a donde está mi dulce amada,
La que tiene un abismo en la mirada,
Y en los ojos un fuego abrasador;

Y en esta tarde de silencio y calma,
Penetrad hasta el fondo de su alma
Y contadle la historia de mi amor.

José P. BASUALDO BUSTOS.

LAS MUJERES BUENAS

¡Oh, la tristeza de esas mujeres
que se marchitan en los talleres,
en la crisantemos de camposanto!
¡Esas mujeres tristes y buenas,
siempre tan pálidas, como sus penas,
como sus penas, que son su encanto!

¡Oh, la tristeza que las hechiza
bajo la mustia gracia enfermiza
de sus cansados ojos abiertos
y sus mejillas siempre llorosas,
como dos rosas,
como dos rosas para dos muertos!

¡Oh, esas mujeres que adivinamos
tras una reja tejiendo palmas.
en que hay ya en cruces cristianas almas!
en un florido día de Ramos,

¡Oh, la tristeza de esas mujeres
que se marchitan en los talleres
tras los primores de un bastidor,
mientras ocultos entre bordados
sus corazones tiemblan, mustiados,
cuál primaveras sin flor ni amor!

Armando BUSCARINI.

Divulgación

Científica

Los fenómenos eléctricos
en los tejidos humanos.

Por el Dr. Rodolfo Tálice.

Los órganos son conjunto de tejidos variados y los tejidos agrupaciones de células. Las células de los seres vivos en general reciben por el mecanismo de la asimilación la energía química que proporcionan los alimentos de toda clase al ser descompuestos y oxidados por los fermentos principalmente. Cada célula en particular y cada conjunto de células, es decir cada tejido va luego a gastar de diferente forma esa energía química acumulada por las reacciones asimilativas. En otros términos la célula va a transformar la energía química en otras energías: mecánica, térmica, luminosa y también a veces eléctrica, etc., etc. En la Naturaleza en efecto no hay transformación de energía. El hombre de ciencia estudiando los manifestaciones múltiples y complejas de la vida en los animales y las plantas ha aprendido a saber que en último término, es la radiación solar el manantial inagotable de todas las energías celulares. Gracias al sol, pues, es posible la vida sobre la tierra.

Por la misteriosa esencia de su naturaleza, los fenómenos eléctricos han sido siempre atractiva materia de estudio para los sabios. Y esa atracción y ese interés se justifican y se amplifican cuando se busca tales fenómenos en las células de los seres vivos.

Hasta el presente la facultad de la célula de engendrar electricidad parece ser patrimonio de aquéllas que componen los órganos del mundo animal.

Esa facultad electrógena (electricidad engendro) culmina en forma portentosa en aparatos especiales de que están dotados ciertos acuáticos habitantes que se conocen con el nombre muy llamativo de peces eléctricos. Pero no pretendemos hablar ahora de ellos, porque la descripción de tales animales será objeto de un artículo posterior. Hoy nos limitaremos al comentario sencillo de los fenómenos eléctricos que podemos apreciar en los animales superiores y especialmente en el hombre.

Los órganos humanos que revelan corrientes eléctricas son muchos. Los mejores estudiados a este respecto son los músculos periféricos, el corazón, los nervios, los centros nerviosos, la retina, ciertas glándulas, etc.

Para poner en evidencia las corrientes nacidas en los tejidos humanos en general se deben tomar ciertas precauciones indispensables para el buen éxito de la experiencia, dado la débil intensidad de esas corrientes en el hombre. En cambio veremos luego qué cantidades extraordinarias de fluido se descarga de los órganos eléctricos del torpedo del Mediterráneo y del gumineto del Orinoco y Amazonas.

En general los fisiólogos utilizan el procedimiento siguiente. El trozo de órgano que se estudia es reunido a los polos de un aparato medidor de la intensidad de la corriente muy sensible (galvanómetro o electrómetro) por intermedio de dos piezas especiales llamadas electrodos impulsariables, y de los hilos metálicos conductores correspondientes. Los electrodos son destinados a asegurar un contacto apropiado con los tejidos humanos, por medio de una solución salina de concentración fija.

Los órganos que mejor se prestan para el estudio de los fenómenos eléctricos en el hombre son los músculos periféricos. Colocado el fisiólogo en las condiciones expuestas, es decir un electrodo sobre la cara longitudinal del músculo, otro sobre su cara transversal (superficie del corte) y uniendo ambos por hilos conductores a un galvanómetro especial se percibe casi en seguida la desviación de la aguja galvanométrica, que acusa el paso de una corriente eléctrica. Es la corriente eléctrica del músculo en reposo, experiencia que se repite generalmente en los laboratorios con los músculos de la pata de la rana. Si en vez del galvanómetro se utiliza un teléfono, como lo ha hecho Hermann, la placa de este último entra pronto en vibración y produce el sonido revelador de la corriente eléctrica. Se ha visto así que la dirección de la corriente de reposo es de la

cara lateral del músculo (convertida en polo positivo) hacia la cara transversal (convertida en polo negativo). Además la intensidad de las corrientes eléctricas musculares alcanza su máximo en el centro del órgano y disminuye hacia los límites de ambas superficies. También la irritabilidad del músculo aumenta o disminuye en relación directa con la intensidad de su corriente eléctrica.

Todo eso es lo que se refiere a los músculos en reposo; pero los órganos en actividad también manifiestan corrientes, que aparecen siempre con intensidad variable y en ocasiones con un sencero. La aguja del galvanómetro, en efecto, haciendo contraer al músculo, oscila alrededor del cero y a veces suele pasarlo en sentido contrario. Esto implica, según los fisiólogos, una disminución considerable de la corriente de reposo y no un cambio de dirección.

Lo que se hace con el músculo animal, se puede repetir obteniendo resultados semejantes con un trozo de nervio recién extraído del animal.

Y la médula espinal se comporta desde este punto de vista como el trozo de nervio, cuando se usa el mismo dispositivo, aplicado en todos los laboratorios de fisiología humana y animal. Además, experimentado con la médula espinal se han descubierto muchos fenómenos eléctricos interesantes. Verbigracia: si se aplica un electrodo del galvanómetro sobre uno de los llamados centros sensitivos de la corteza del cerebro y el otro electrodo en cualquier parte del resto del cerebro, no se revela al observador ninguna corriente; pero si se estimula con cualquier excitante el nervio correspondiente al centro sensitivo, se produce una corriente que va del electrodo del centro sensitivo hacia el otro. Es interesante este hecho: el centro nervioso después de recibir por su nervio un influjo nervioso responde a la llegada de éste con la producción de una corriente eléctrica que el galvanómetro controla y mide perfectamente.

(Continúa en la última página).

EL DRAMA DE UN HOMBRE BUENO

por JAIME PEREZ
GORGOROSO

Era un muchacho amable, pálido y triste.

Todos sabíamos de su abulia y su desgano; pero su melancolía era para muchos un secreto.

—Es un hombre feliz—decían.

—Este pasa la vida bromeando.

—Sin embargo, a veces protesta contra el destino...

—Es una gracia más...

—¡O algo de pose!

Alberto Mercier era un escritor discreto: ni genial ni mediocre. Por entretenimiento había cultivado el género teatral y la novela sin conocer el fracaso y escribía versos muy malos de los que era el primero en reírse.

Yo lo estimaba profundamente. Tras la conversación chispeante del bromista superficial, había descubierto una tristeza infinita...

*

**

Una tarde conversábamos en Ramírez. Reía yo las ocurrencias de mi amigo cuando de pronto quedó callado: la melancolía le apresaba nuevamente. Yo estaba acostumbrado a aquellos cambios bruscos, a los que asistía verdaderamente apenado.

—Me contemplas con lástima...

Intenté una explicación pero me interrumpió:

—¡No! ¡No te disculpes! Tu piedad es fraternal, no ofende!... Eres tan distinto a los otros...

—Favor que me haces...

Y entonces sonrió forzadamente:

—Te resulto un maníático, ¿verdad?

—No: un arrepentido...

Nunca supuse que una frase lanzada al azar le produjera tal emoción. Su boca se contrajo en un rictus de energía, centellearon sus ojos y oprimiéndose un brazo exclamó:

—Arrepentido?... ¿Qué has querido decirme?

—Nada...

—Algo quisistes expresar!

—No te exaltes, Alberto! Me refería a tu actual vida de monje. Pensé que de-

sebas volver a tu existencia disipada...

—Ah!

—Sin embargo, voy a serte franco...

—Escucha...

—No me explico tu reciente nerviosidad...

—Como tampoco comprendes por qué a medianoche, indefectiblemente, me voy sólo sin decir adónde...

—Cuántas veces lo habrán comentado, ¿eh?

—Yo no... pero creí en alguna de esas uniones ilegales que no admite la sociedad, pero que muchas veces son la gran acertada...

—Y continúas creyéndolo?

Le contesté con convicción:

—No. De un tiempo a esta parte creo más bien que se trata de un recuerdo, de una obsesión que atormenta tu vida...

—Y no has pensado en el probable motivo?

—Tiene que haber intervenido el factor mujer. Es fatal...

Estrechó mis manos con calor y dijome:

—Tú me comprendes, Julio... Tú, sólo tú merece la confidencia. Todo lo sabrás, pero hoy no. Algún día...

*

Transcurrieron dos meses, en cuyo período pude advertir los estragos que el secreto mal causaba a mi desventurado compañero.

Luché con tenacidad para distraerlo; pero la tarea fué inútil.

Torturado él por sus recuerdos y víctima yo de mi incurable pesimismo, maldiciendo la vida, vagábamos por los cafés o por las solitarias avenidas en noches interminables.

Un día tuve la visión del derrumbe.

—Nos anulamos —dijele.

—¿Por qué somos viciosos, no?

—Por eso y otras cosas. No producimos nada!

Mercier dió una carcajada burlona:

—Pretenderás que deje la morfina, mi diosa salvadora?

—Sí —repuse con decisión.

—¡Imposible! Es como si te pidiera que renuncies al veneno verde... a tu copa de licor...

—Renunciamos ¿por qué no?

—¿Te animas?

—Sí, Mercier... Y huyamos para olvidar. Trabajemos intensamente...

Sin gran esfuerzo logré convencerle. Debíamos cambiar de ambiente.

—Tienes razón. Aquí no podría curarme.

Decidimos marchar a Buenos Aires y una noche partimos en el vapor de la carreta.

**

Se acercaba la aurora.

Sólos en la toldilla mientras el pasaje se entregaba al sueño despreciando los encantos de una velada de estío sobre las aguas del Plata, Alberto y yo dialogábamos.

Dijele bromeando:

—No me contarás nunca aquel episodio?

—Había decidido decírtelo hoy.

—Era broma, ¿eh?

—Calla. Tu serás el único que conozca mi secreto...

Su voz queda resonó en mis oídos como un eco lastimoso. Los reflejos de la luna jugueteaban en los húmedos ojos de mi amigo...

—Tenía yo diez y seis años. En aquella época conocí a una lindísima obrera



Era una rubia elegante, culta y cariñosa: se llama Totó.

—Como yo era huérfana. Una vez entendidos, la libertad del yugo de unas tías solteronas y fuimos a vivir a una casita cuyo pequeño presupuesto apenas podíamos sostener con los jornales de ella y mi modesto sueldo de cronista.

—Muy pronto comprendí que amaba y era amado intensamente.

"Al final del primer mes advertimos con horror que nuestros haberes no alcanzaban para hacer frente a los gastos, pero ella me dijo valientemente:

—"Trabajaremos más. Yo sé coser a máquina..."

—"Y yo escribiré... trataré..."

"Asunto resuelto. Cuando volvía del taller se sentaba alegremente a la máquina cosiendo sin descanso para que los explotadores le abonaran luego unos miserables níqueles. Yo le decía con tristeza:

—"Me apena verte trabajar tanto..."

—"Y ella, con encantadora ingenuidad:

—"Tienes el remedio. Dame un besito de cuando en cuando..."

—"Pero yo no estaba conforme.

Durante dos noches consecutivas, no pudimos cenar. Al tercero Totó, que ya estaba algo enferma cayó en cama. Alarmaido, quise llamar un médico o ir a la boti-

—"¡No importa!

"A pesar de sus súplicas fui al periódico y leí mi modesta producción.

—"Muy bueno — dijome el director. Pero usted sabe, esto no puede pagarse... Los gastos... los sueldos... la..."

—"Necesito algo para un remedio..."

—"Voy a hacer una excepción con usted, pero no lo diga a nadie. Lloverían los "literatos". Demasiado luchó y trabajó echando al canasto los plagios de Maupassant y José Francés que me remiten..."

"Salí de allí con tres pesos que debía a la munificencia de mi amigo, que me resultó todo un millonario de Wall Street.

—"Estaba nerviosa — dijome Totó al regreso.

—"Victoria, rubia, victoria!

Y le mostré los remedios, etc., que había adquirido. Tomó la medicina y aliviada se durmió. Yo no puede entregarme

misma tarde había recibido a un desconocido reteniéndolo dos horas y despidiéndolo en el zaguán con un beso.

—"Siempre he despreciado los anónimos, pero cuando uno ama como sé amar yo, cuando los celos locos nos aprisionan con sus garras implacables termina el raciocinio, el concepto de la dignidad, desaparece lo más puro y santo que haber pueda en el alma y desperté brutalmente a Totó, exigiéndole una explicación.

—"Pero es mi hermano Carlos..." — dijome.

—"Tu hermano! Si jamás me has hablado de tal cosa!

—"Casualmente pasó y lo reconocí..."

—"Y lo retuviste dos horas..."

—"Sí.

—"Y le distes un beso..."

—"Lo hallas mal?

—"Cómo no! Si tienes el cinismo de confesarlo? Acaso crees que acepto tu estúpido pretexto?..."

—"¡Es la pura verdad!

—"Una prueba, una prueba! — grité de ciego de ira. ¡Quiero que me des una prueba!

—"Te la daré..."

—"Vuelve ese sujeto!"

—"No. A estas horas está en viaje para Chile..."

—"¿No ves que está claro todo? No vuelve! No vuelve aquí, pero ya te verás con él, maldita!... Pero no lo verás nunca, nunca!..."

"Yo no oía más sus voces. Sentía la evidencia de su infidelidad, de la repugnante traición... Recuerdo como entre sueños que ebrio de cólera la arranque del lecho golpeándola furiosamente contra los muebles, contra el suelo, contra el muro... La sangre caía sobre mis manos asesinas y, sin embargo, seguía, seguía... Senti que se iba helando... arrojé el inanimado cuerpo sobre el lecho..."

"Momentos después me dominó la idea de la fuga. Había hecho justicia, pero la ley no lo reconocería.

—"Hice un paquetito con un poco de ropa y documentos.

—"Registré las ropas de mi compañera para quitar mis retratos y entonces con indescriptible espanto, a la luz de la vacilante lámpara halle varios papeles, cartas de familia, etc., que atestiguaban mi tremendo error... El hermano existía... Totó era inocente y yo la había perdido para siempre!

—"Fugué al extranjero y ha poco regresé. Doce años han pasado y me ampara la prescripción. Nadie me ha molestado, soy libre. Pero el recuerdo no perdoná y me persigue implacable... ¡Estoy maldito! Y cuando llega la medianoche — hora de mi crimen — paso siempre frente a la casita que fué mi nido de amor, dominado por esa fuerza secreta que lleva al criminal hasta el teatro de su hazaña"...



ca. No teníamos un centavo. Me levanté decidido.

—"Dónde vas? — me preguntó.

—"Al 'Diario Nuevo'. Llevaré una crónica, un artículo, cuáquier cosa..."

—"Para qué?"

—"A ver si me dan algo, para remedios, médico, lo que sea! Conozco al director. Y si no consigo... entonces... ¡De cualquier manera volveré con dinero!"

—"No seas así — expresó acariciándome. — Esto pasará.

Y tendiéndome sus brazos torneados:

—"Conforme. ¡No basta que nos queramos!"

—"Es que vas a enfermar gravemente..."

Tienes fiebre..."

—"El que se va a enfermar vas a ser tú, si sales. Está lloviendo..."

al sueño, pero estaba radiante de felicidad. ¡Había salvado a mi Totó!

Ella dormía plácidamente a mi lado, iluminado su rostro por una sonrisa angelical, mientras jugueteaba en la almohada la cascada de oro de sus cabellos...

*

*

Alberto se interrumpió. Depuso la frente cual vencido por la añoranza. Le ofrecí un cigarrillo. Nos acercábamos a la desembocadura del Uruguay. La maquinaria del vapor trepidaba más fuertemente. Una luz rival que nacía en el Este iba apagando el disco argentado de la luna.

Mercier continuó:

—"Una noche en que volvía retardado del diario, encontré un anónimo. En él me decía que Totó me era infiel, que aquella

Llegados a la capital argentina ingresamos en un periódico. Mientras yo traza-
(Continúa últimas páginas).

FEMENINAS

A CARGO DE
RAQUEL
SAENZ

Notas femeninas

Esta nota es de invaluable interés para aquellas que cortan sus propios vestidos, pues es aventurado lanzarse a confeccionar en casa un traje "tailleur", porque no siendo extraordinariamente hábil, pudiera suceder que resultara mal hecho. Lo que sí puede suceder que resultara un "tailleur" de fantasía sin cuello ni solapas, que es donde estriba la mayor dificultad. La espalda de una pieza, con costuras en los costados y cinturón disimulan-

ta de mayores aptitudes, se debe huir de las telas rayadas o de cuadros, porque ofrecen innumerables dificultades a las principiantes. Si se trata de trabajar en terciopelo, es preciso hilvanar muy a menudo, para evitar que al coserlo se corra, ya se haga la costura a máquina o a mano.

Respuestas

Bella durmiente. ¡Padece usted de insomnio!... la compadezco, y voy a indicarle todos los medios que conozco para

una taza de limonada caliente, alguna fruta de fácil digestión o aun con un vaso de leche tomada en pequeños sorbos. Si siente la cabeza caliente y fatigada por algún trabajo mental, atése una compresa fría alrededor, y póngase una bolsa de agua caliente en los pies. Acostada en una postura cómoda podrá conciliar el sueño. También puede ensayar el siguiente ejercicio: El de la respiración fuerte: haga cada inhalación con lentitud y regularidad, llenando los pulmones hasta más no poder. Este ejercicio aleja la sangre de la cabeza y calma los nervios cansados. Y si en esta forma no logra vencer al insomnio, ¿qué podrá aconsejarle?... Que deseche preocupaciones — si es que las tiene — que huya de los tristes pensamientos, para refugiarse en recuerdos gratos, y así no pasará tan mal su noche... Y... resignación, y no desearte su mal al prójimo.

F. de C. — Agradezco la confianza de que me hace objeto. Yo creo que esa carta merece una contestación. En sus párrafos se traslucen el amor mal disimulado. Si en realidad quisiera poner fin a las relaciones, no le hubiera escrito. Esas líneas quizás sean un pretexto para un acercamiento y si es lo que usted tanto desea, por qué torturarse en esa forma?... Responda a esa carta, con tacto y dignidad; hágale comprender — sin humillarse — que aún lo quiere y no se avergüence de confesarlo; el amor es un sentimiento muy grande y muy puro, que no puede abochornar a nadie.

No se arrepienta de haber sido bondadosa, ni titubee en serlo una vez más...

Que en su próxima me dé noticias halagüeñas y me sentiré contenta de haber contribuido en algo a su felicidad.

Enriqueta. — Esas maquinitas fotográficas dan muy buen resultado. En cualquier casa del ramo le revelarán a usted las películas. — Aquí hay parajes encantadores, donde podrá tomar buenas fotografías y se llevará unos lindos paisajes. ¡Por qué no los coleccióna en un álbum?... Pasando el tiempo verá que ha hecho acopio de vida. En esas páginas revivirá el pasado que estará allí impreso como una evocación perpetua de agradables momentos... Para pegar las fotografías en cartones puede hacer una buena pasta, con harina y agua, en la siguiente forma: 10 gramos de harina en 50 de agua; o más cantidad de ambas cosas si se quiere, pero siempre en la misma proporción. Se revuelve hasta que esté bien disuelta la harina, luego se pone al fuego, revolviendo siempre en la misma dirección y procurando que la pasta no se pegue al fondo de la vasija; cuando esté espesa, se quita del fuego y se deja



Lo mismo para la casa que para los juegos, ofrecemos a nuestras lectoras una serie de modelos de delantales que ellas mismas podrían confeccionar, encontrando en tal labor, a más de una economía, una verdadera distracción.

do todos los defectos de corte o de prueba que puedan tener, cosa que no sucede con los que moldean el cuerpo. Conviene no arriesgarse a cortar un vestido sin ensayar primero en percalina, a no ser que se tengan moldes perfectos.

También en estas circunstancias de fal-

combatir la espantosa molestia. Un baño frío de manos, con muy poca fricción, es bueno para cuando no hay tiempo ni oportunidad de tomar un baño neutral.

Tenga la seguridad de que la última comida haya sido bien digerida antes de recogerse. Puede engañar su apetito con

LOS HERMANOS

(CUENTO)

Julián, al pisar el umbral de la casa de Magda, se encontró frente a frente con su hermano Ernesto, que salía componiéndose el bigote.

Ambos no pudieron reprimir un gesto de contrariedad.

Y después de un recíproco golpecito en el hombro y de cambiar un "¡hola!, tú por acá", separáronse. Pero apenas Ernesto volvió la esquina, Julián abandonó la casa de Magda, sin ascender, siquiera, un escalón. Estaba avergonzado, confuso. Más: ¿cómo iba él a adivinar? El convencimiento de que aquel encuentro no se repetiría, lo calmó un tanto y esa misma noche hizo sus balijas y a la mañana siguiente partió para el extranjero.

Ernesto, por su parte, se avergonzó. También de aquel "menaje a trois" con su hermano y creyendo dejar el campo libre a Julián, abandonó la ciudad una semana después.

• •

La casualidad los reunió una tarde en Río Janeiro. Se abrazaron y luego, del brazo, fueron ambos a tomar el "vermouth". Mientras hablaban, los dos pensaban, con rabia, en lo mismo: en aquel viaje inútil, en aquel sacrificio estéril que los arrojó a los dos, de los brazos de Magda.

Cuando se separaron después de cenar, ambos hermanos acariciaban idéntico proyecto: volver a Montevideo.

Y al pisar, Julián, la cubierta del transatlántico, próximo a zarpar, tuvo una sonrisa de ironía, de compasión, para su hermano Ernesto, que quedaba tostándose bajo el sol ardoroso de Río, mientras él iba a su patria, a dejarse acariciar por un sol más clemente...

Pero Ernesto, por su parte, se embarcó tres días después, en el "Inranta Isabel", con destino a Montevideo.

• •

—Es posible?

—Sí, señor: la señorita Magda ya no vive más aquí.

Julián se mordió los labios. Descendió las escaleras, salió a la calle y se puso a caminar sin rumbo. De pronto lo asaltó una idea y marchó de prisa a su casa. Entre la correspondencia que aguardaba amontonada sobre un escritorio y que no había tenido tiempo de abrir; estaría, sin duda, la carta de Magda. La revisó febril. Y entre aquella confusión de circulares, de diarios, de revistas, de cartas, surgió el



POR
CARLOS

JORGE CORREA



sobreccito elegante de ella... Lo rasgó. Julián, afonoso.

Una oleada de esencia de chipre le dió en el rostro al desdoblar el papel. Estupefacto, leyó:

"Antipático Julián:

"Abandonada por tí en forma tan poco caballeresca, me decido a volver a Madrid, mi ciudad natal, y no quiero hacerlo sin antes decirte que eres un imbécil y un mal educado y que no me reces, siquiera, que te guarde rencor.

Magda".

• •

—¿Está usted seguro?

—Sí, señor: segurísimo. La señorita Magda, ya no vive aquí.



Ernesto bajó la cabeza sin responder...

Ernesto descendió las escaleras, pensativo y se fué a su casa. Para calmar su mal humor, para distraerse, se encerró en el estudio y sentado a su mesa de trabajo comenzó a revisar la correspondencia.

Un sobre color lila, asomando, tímido, bajo un paquete de diarios, le arrancó una exclamación de júbilo. No había duda: la letra menudita de ella, era inconfundible.

Rasgó el sobre, ávido. El papel, impregnado de esencia de chipre, esparció suaves efluvios.

Dicía la esquila:

"Odiado Ernesto:

"Antes de regresar a Madrid quiero que sepas que te aborrezco de todo corazón, por haberme abandonado tan in noblemente. Cuenta con mi más sincero y hondo desprecio.

Magda".

• •

—¿Sientes que se haya marchado Magda? — le preguntó de pronto Julián.

—Sí, lo siento, contestó Ernesto. — A qué negártelo? Y supongo que tú lo sentirás también...

—Sí, pero... ¿qué remedio?

—Vete a Madrid...

—Y tú?

Ernesto bajó la cabeza sin responder.

—No — exclamó Julián. — En tal caso, tiraremos a la suerte.

Candilejas y Pantallas

ARS MERCATORUM MORE —

Una de las características de los artistas de todas las épocas, ha sido el desinterés; a miles pueden ofrecerse los ejemplos de esos espíritus selectos, que anduvieron la vida andrajosa, quizás hambrientos, porque su despegó por el oro les hizo dilapidar en una orgía, en la satisfacción de un capricho o en la adquisición de un algo baladí e inútil, cuanto cobraran por la última producción y con lo cual le fuera suficiente al cuerdo burgués para vivir un año.

No tenemos noticias de que ninguno de estos hombres haya jamás disputado por cuestiones de intereses, porque desde su superioridad, desprecian aquello que constituye el ideal de todos, y en alma de idealista, como forzosamente han de ser las de los que al Arte se dedican, no cabe el mezquino afán de los Muchos.

Empero, nuestros autores andan, han andado y andarán eternamente a las grenas, por cuestiones puramente económicas, lo que bien dice y el Credo pregoná de la finalidad que al Teatro les guía.

Y conste que no lo decimos por los empresarios, que, al fin y al cabo, defienden sus negocios.

FINANZAS TEATRALES —

Nada justifica la exorbitancia que aquí pagamos por el teatro por más razones que los empresarios, a su favor arguyan. Es cierto la escasa concurrencia del público y, por ende, la poca capacidad de nuestros teatros dificultan la defensa de los capitales puestos en juego; por lógica consecuencia de esa misma falta de público, lo corto de la temporada o la constante renovación de cartel para mantener la atención del respetable, etc... influyen en idéntico sentido.

Todas esas razones, como decimos más arriba, son, por cierto, muy atendibles, pero jamás llegarán a traernos el convencimiento de que es lícito pagar aquí "oro" lo que en Buenos Aires se paga "papel". Lo que sucede es que, ajenos a la competencia que provoca la gran cantidad de teatros existentes en la vecina orilla, nuestros empresarios pueden cargar la mano

cuanto se les antoja. Y, menos mal cuando se nos cobra caro por algo bueno, pero no hay derecho a que paguemos lo mismo cuando como bueno se nos ofrecen mediocridades: tonadilleras, pongamos por caso, que, en el Paralelo, trabajaban toda la noche por tres miserables reales, aquí nos hemos visto en la necesidad de empeñar una mesada para verlas.

Por otra parte, dicen quienes a esos negocios se dedican, que es muy poco público el que existe en Montevideo para el teatro; nada más incierto; véanse sino la sala de los cines atestadas de gente, sea la hora que sea, y cualquiera el bodrio que pasen; todo el mundo ansía solazarse y eso no se logra en ninguna parte mejor que en el teatro, pero el público se abstiene de concurrir asustado de la enormidad de los precios y por eso se vuelve en el cine, mucho más barato aunque mucho más malo.

En la baratura de las localidades, está, pues, el secreto del éxito financiero de las

temporadas; digalo sino el señor Almanzor, tan buen actor como empresario, que comprendiéndolo así, realizó la obra de romanos de levantar un teatro con el esmalte el fracaso parecía haberse ensañado. Es, indiscutiblemente, mucho mayor el número de personas que puede abonar una cantidad acomodada por una localidad, que el de las que están en condiciones de pagar, sin sacrificio ni esfuerzo, los precios exagerados que actualmente se cobran; es, por lo tanto, lógico suponer que con la mayor afluencia, mayores serían las ganancias de la empresa.

Es inútil, señores de la taquilla, público hay para todo, mas lo difícil es saberlo atraer! Os damos un medio...

ENCOR EUX —

Temporadas como la que actualmente realiza en el "Artigas" la compañía Florelle-Dream, son, sépanlo los empresarios, para efectuarse en el rigor del invierno, cuando los fríos polares entumecen todo, pero en estas primaverales épocas, es mojar sobre llovido, porque al calor que todos experimentamos se une el que estas chicas nos provocan con sus desnudos, más o menos artísticos.



Algunas de las chicas que componen el elenco que actúa en el teatro Artigas

Y no se diga que las simpáticas "girls", no sean frescas, pues "frescas lo son, ¡vaya si lo son!, en carnes y en "frescura"..."

El público, (¡ya sabemos lo que es eso!) las festeja noche a noche; desde el lascivo viejo verde y el gomoso mozalbete de la primera fila, hasta la emperingotada matrona y la niña ingénua, (¡las hay, todavía), se deleitan escuchando los "shymmis", ensordecedores, o las picarescas canciones del hampa y admirando los vesti-

pital, y nada menos podía suceder, teniendo en cuenta que no se trata de una indisciplinada "troupe" estudiantil, sino de una completa compañía, y ya que de esta hablamos, es digno de destacarse el hecho de que no hay ni en "Ça" ni en "¡Oh, les saurages!", ni una de esas procacidades (léase chistes) a que tan afectos parecen nuestros autores que ese género cultivan.

Al lujo de la presentación se auna la fina gracia de los autores, para lograr

co... cuatro de estos modernos atlantes, en "¡Oh, les sauvages!", se bastan para mover nada menos que el Cerro...; y, allá en las alturas, el hombre de la "parilla", lleva sin cansancio bosques enteros, muros milenarios. "Dame una palanca lo suficientemente larga y levantaré el mundo", pedía uno que pasó por loco ha varios cientos de años; éstos son cuerdos, muy cuerdos, y no han menester de palanca para hacerlo, les basta solamente una piolita...

Son esos los hombres, lector, que te dan las más variadas sensaciones de lugar, presentándote el regio palacio o la choza humilde, el bareo en la borsales o la playa serena... Son estos los titanes del tinglado, esos los que, cual los "gnomos" al producir sus ruidos subterráneos, interrumpen la armonía de la orquesta, con sus apagados martilleos; son también los dueños de los elementos, a su mando obedecen sumisos la lluvia, el relámpago, el trueno, el viento huracanado... ¡oh, los maquinistas, poderosos Anteos!

Y el vuelo lírico de nuestra fantasía se desarrollaba plácido, les admirábamos viéndolos trabajar, olvidados de que ellos, al igual de los dioses, tienen también sus odios: éstos son para los periodistas y los fotógrafos, principalmente.

... Alguien, ignoramos quién, se encargó de cortar la dulce emoción del éxtasis dándonos en la cabeza no sabemos si con un "forillo" o con un "rompimiento", porque nosotros no supimos de más rompimiento que el de nuestro sombrero; recién entonces comprendimos que los maquinistas, además de admirables, son mal educados...



Otro grupito del mismo elenco

dos que, al decir de ellas "visten" mucho, pero, que a nosotros se nos antoja que es más lo que dejan al descubierto, que lo que cubren.

El repertorio, escapa en mérito de sus menguados valores, artísticos a todo comentario serio; es el mismo que nos han traído Mme. Rasimi, Volterra, etc., y el que con tanto éxito, financiero se entiende, han dado en explotar ciertos autores ríoplatenses; por otra parte, no tenemos derecho al reproche porque en grandes carteles se nos anunció que la compañía daría esas cosas a que llaman "revistas", y no se nos ha engañado.

Sin embargo, formulamos un cargo a los encargados de hacer la "réclame", por no haber sabido hacer las cosas en forma: debieron haber conseguido que la Curia condenara por impudicos los espectáculos y hubieran logrado así, que todas las noches se armara, frente a la boletería, la de San Quintín entre los que ansiaban adquirir localidades.

Conque, ya saben para otra vez.

AL REGRESAR... —

Llegaron ayer procedentes de Buenos Aires los componentes de la troupe Ateniense. En Buenos Aires, la ciudad Luz de nuestra América, han reeditado los éxitos obtenidos en el Artigas de nuestra ca-

una perfecta revista de modernísimo corte.

Vuelve la alegre muchachada, contenta de su jira; los atletas "atenienses" han, en cierto modo, reivindicado los prestigios de los campeones olímpicos y el hecho nos complace: ya que no podemos vencer a las "patadas", destaquemonos, al menos, como crónicos; se ve, pues, como la Patria puede y debe estar agradecida a estos valientes y simpáticos actores.

Es posible su presentación en el Solís. Si eso no sucediera hemos de esperar un año para admirar a estos buenos e improvisados comediantes; un año que pasará con sus dolores y sus ilusiones... mañana tal vez al verlos, no pensemos así; seremos un algo más viejos y eso hace tarde el reir; sin embargo, les deberemos siempre la más primaveral de todas las notas ofrecidas en esta Primavera.

LOS HEROES OCULTOS —

Hay en la balaunda del mundillo teatral, un personaje a quien no puede escatimársele un plumazo: es el "maquinista" (tramojista, castizamente dicho).

Frente a ellos esa conciencia de pequeñez que tenemos algunos, los menos infatuados, se disipa; nos sentimos más fuertes viendo a estos ciclopas, como nosotros, hombres, también, arrastrando ora una casa, ora un castillo, ya un peñas-



DE LA RUSIA IMPERIAL

LA LEYENDA
DE ALEJANDRO I

La muerte violenta del emperador Pablo I de Rusia, la vida mística de su hijo Alejandro durante los últimos años de su reinado, el voluntario ostracismo de éste en Taganrog, así como su muerte inopinada, impresionaron vivamente la imaginación del pueblo ruso, dando origen a multitud de leyendas en torno de la figura del zar cenobita, al que acusaba la opinión de estrechas connivencias con los partidarios.

El ilustre escritor Tolstoi ha referido, en las columnas de una revista alemana, otra leyenda, sin duda interesantísima, acerca de Alejandro I, constituida sobre recuerdos de un alto personaje palatino de aquella época, que legó sus papeles al padre del autor de "Resurrección". He aquí dicha leyenda:

"El espantoso crimen perpetrado en el palacio Miguel de San Petersburgo en la noche del 12 de marzo de 1801, y que dió la corona a Alejandro I, pesaba sobre la conciencia de éste sin dejarle momento de reposo. Unido el remordimiento a sus marcadas tendencias religiosas, determinóse en el ánimo del joven monarca el pensamiento de abdicar en favor de su hermano Nicolás.

Hizo así al cabo, retirándose a Taganrog, donde vivía como un sencillo aldeano, más bien, como un asceta.

Cierto día, durante uno de sus paseos habituales por los alrededores de la ciudad, advirtió que la multitud corría en dirección a la plaza principal, atestada de tropas.

Los soldados no llevaban armas, pero cada uno esgrimía una baqueta de fusil. Al ritmo fúnebre del tambor, un infeliz era conducido entre filas de uniformados verdugos, que descargaban furiosos golpes sobre las espaldas del reo.

Alejandro miraba las lívidas facciones del supliciado, y veía con asombro la estrecha semejanza que aquellas guardaban con las suyas. La verdad era que el pobre soldado hubiera podido pasar por hermano gemelo del emperador.

Interrogó éste a un espectador, y supo que el reo era el veterano Mikhail Silin, y que se le castigaba tan duramente por haber desertado para ir a recoger el último suspiro de su padre. Detenido el fugitivo, habíasele sentenciado a recibir 8.000 palos.

El consternado Alejandro escuchaba el ruido sordo de los baquetazos alternando con los desgarradores lamentos de la víctima. Cesaron de pronto los gemidos. El

tambor hizo un redoble y enmudeció luego. Miguel Silin yacía inmóvil en tierra, con las espaldas convertidas en una masa informe y sangrienta.

—¡Dios Todopoderoso! — exclamó el zar. — Ese hombre muere en aras del amor filial, mientras yo...

Alejandro no pudo concluir, ahogada su voz por los sollozos. La trágica escena del palacio Miguel surgió en la mente del monarca con espantosa nitidez. Y el autócrata lloró amargamente.

Trajeron una camilla. Depositóse en ella el cuerpo de Silin, que fué conducido al hospital. Siguió Alejandro el triste convoy, mezclado con los curiosos, y entró en el benéfico establecimiento viendo practicar la primera cura al herido. El médico, un viejecillo pulcro y simpático, parecía emocionado por la contemplación de aquel cuerpo sano y robusto trocado en repugnante amasijo de músculos lacerados.

El emperador se acercó, dándose a conocer, y añadiendo:

—Diga usted, doctor, sobrevivirá ese hombre?

El médico, que temblaba como un azogado ante la imponente figura del zar, balbuceó:

—¡Ma... jes... tad!...

Tranquilizólo el monarca con un gesto, rogándole que contestase categóricamente.

—Morirá hoy mismo, señor. Ha recibido cuatro mil palos. Tiene la columna vertebral partida por dos sitios... La muerte es inevitable.

—En ese caso — contestó el emperador — voy a dirigirle una súplica; pero ha de jurarme que este secreto irá con usted a la tumba.

—Yo juro, señor! Lo juro por mi profundo amor hacia vuestra majestad.

—Creo en su juramento — repuso Alejandro, quien sacando una llavecita dorada del bolsillo la entregó a su interlocutor, añadiendo:

—He aquí la llave de mi aposento. Haga usted transportar allí al enfermo. Yo, entretanto, me desnudaré y ocuparé su cama.

Al día siguiente Europa entera tuvo noticia de haber muerto repentinamente Alejandro I. El féretro debidamente sellado con objeto de que nadie pudiera ver el mutilado cadáver, fué conducido a San Petersburgo.

Dos semanas más tarde era dado de alta en el hospital el falso Silin, y sufrió acto seguido el resto de la pena a que el desertor fuera sentenciado.

El zar soportó el castigo con cristiana resignación. Por verdadero milagro sobrevivió a sus heridas. Cuando éstas se cicatrizaron, "Miguel Silin" fué deportado a Siberia, dándosele por albergue medio arruinada cabaña, oculta en el fondo de un barranco.

Alejandro pasó algunos años en aquel retiro cultivando la tierra con los "mujiks" e invirtiendo sus ratos de descanso en enseñar a los hijos de los aldeanos. El supuesto Silin llegó a adquirir fama de entre santo y curandero, pues conocía multitud de remedios, cuidaba los enfermos y rezaba a menudo.

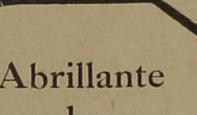
Aconteció un día que llegaron a la apartada aldea de Siberia dos deportados. Uno de ellos cayó gravemente enfermo. Los "mujiks" lo tendieron en un carro y lo condujeron a la choza de Alejandro. Este lanzó una furtiva mirada sobre el doliente, en el que reconoció a uno de sus antiguos criados de la corte.

—No reveles a nadie mi secreto.

—Señor! — exclamó. — No puedo obedeceros.

Su emoción era tan intensa, que cayó a tierra desvanecido. Los "mujiks" lo levantaron, llevándoselo al hospital. Cuando el penado recobró el conocimiento, se apresuró a descubrir la verdadera personalidad de Miguel Silin. Al acudir las gentes a la cabaña del misterioso individuo se vió que éste había desaparecido.

**Abrillante
los
sombreros de las
niñas También—
Con
Colorite
PARA SOMBREROS
DE PAJO**

**Fácil—Sin
trabajo Siga las
direcciones
del paquete.**



16 COLORES

**En todos las farmacias,
tiendas y ferreterías**

IMPORTADORES:
CROCKER & Cia. **MONTEVIDEO**

La población descarnada

La población está descarnada, esto es: sin carne. Se acaban, por ahora, los jugos asaditos, las deliciosas costillas, las tentadoras milanesas y los complicados picadillos.

Montevideo sin carne, y eso que constituimos un país dedicado casi por entero a la ganadería. Montevideo sin carne, cuando en el escenario de cualquier teatro de revistas se hace derroche de carne, y hasta de carne gorda.

Sabemos de muchas familias que no resignándose a sufrir esta forzosa vigilia, carnearon primero al perro, luego al gato y actualmente se pasan de la mañana a la noche en asecho, junto a la boca de las cuevas, y en cuanto asoma una succulenta rata o un escudillo minero, ¡zás!, un garratazo, y a la olla con él.

Nosotros aconsejamos a la población militar y civil, que conserve su calma, que no se exalte, que no se deje arrastrar por sus aficiones carnívoras, ya que, tarde o temprano, ha de cesar esta huelga de novillos que nos tiene a todos con los dientes en tensión.

Con devorarnos al gato familiar y ondulante o al pichicho lanudo y juguetón, no remediamos nada.

La prueba de ayer.

Ayer, en presencia de altas autoridades en la materia, se efectuó la prueba del ingenioso aparato automático para jugar a las quinielas, inventado por el señor Próspero Negocio.

Hoy mismo el señor Negocio gestionará le sea concedida la patente de invención, y en breve estos útiles aparatos serán instalados en todo lugar concurrido de la ciudad.

El inventor de la referencia, se ocupa

en estos instantes de idear otro aparato similar para la venta de paquetitos de alcaloides.

Radio-Camelot

A la hora de costumbre, esto es, de 3 a 4 de la madrugada, transmitiremos nuestra audición número 7 (bis), de acuerdo con el siguiente programa:

Primera Parte. — Lectura de las defunciones ocurridas el 4 de Diciembre de 1911, en Montevideo, San José y Canelones.

Segunda Parte. — Lectura del decreto sobre Patente de Rotados, ejercicio 1924-25, con acompañamiento de piano.

Tercera parte. — "Las Golondrinas", poesía (Bécquer), traducida al catalán y recitada a cuatro voces, con acompañamiento de gaita y serrucho.

Conferencias

El próximo sábado, en el salón de actos públicos de la Sociedad "Los Quinieleros Unidos", pronunciará una interesante conferencia el señor Jesús Papamoscas.

El tema elegido por el conferencista es "La influencia moral de las terminaciones en 7, sobre el espíritu de los jugadores gordos".

Solicitada

Por medio de estas líneas quiero testimoniar a Sr. Almanegra, mi profundo y sincero agradecimiento, por haberle sacado el esqueleto por la boca a mi odiada suegra, gracias a lo cual falleció irremisiblemente.—Timoteo Tierno y Obes.—Sjs. Guaviyú esq. Curiales.

Curiosidades curiosas

En Albania, los conductores de tranvías eléctricos aminoran la marcha al cruzar las boca-calles y detienen el coche cuando algún pasajero lo solicita.

Los esquimales no conocen "La Verbena de la Paloma".

Asamblea Representativa

La interesantísima sesión de anoche.

Sr. Presidente. — Empieza la función.

Sr. Gutiérrez. — Pido la palabra. Yo, señor Presidente...

Sr. Amaro. — El orador está fuera de la cuestión.

Sr. Sánchez. — Déjelo hablar.

Sr. Amaro. — ¿Y a usted qué le importa?

Sr. Aguilar. — Pido la palabra para una cuestión de orden.

Sr. Presidente. — ¿No será una cuestión de desorden?

Sr. Pintado. — Los pícaros burgueses, compañero Presidente, pretenden negar...

Sr. Amaro. — Que se levante la sesión.

Sr. Gutiérrez. — Que no se levante.

Sr. Amaro. — Que se vote.

Sr. Gutiérrez. — Que no se vote.

Sr. Amaro. — ¡Váyase al diablo!

Varios diputados. —

Apojado. — Que se vaya al diablo.

Sr. Pintado. — ¡Viva el soviet!

Sr. Presidente. — Se ruega no interrumpir al orador.

Sr. Sánchez. — ¿Quién es el orador?

Sr. Gutiérrez. — El orador debo ser yo.

Sr. Presidente. — Se va a votar a ver quién es el orador.

Sr. Amaro. — Yo pido que se lea el artículo 7º del reglamento de los Talleres de Don Bosco.

Sr. Presidente. — Se va a pasar a otro asunto.

Sr. Sánchez. — Que se vote primero el que estamos tratando.

Sr. Gutiérrez. — ¿Cuál es el asunto que estamos tratando?

Sr. Presidente. — Habiendo quedado la barra sin número, queda terminado el acto.

Telegramas

(Frescos de ahora)

MADRID, 30. — José González, guardián del Paseo de la Castellana, ha solicitado 15 días de licencia para atender asuntos particulares.

LONDRES, 30. — Los diarios de la fecha comentan favorablemente la resolución de las autoridades deportivas del Uruguay, por la cual se dispone el envío de un team que represente al "truco" uruguayo en las próximas Olimpiadas Mundiales.

ROMA, 30. — Mussolini se afeitó hoy a la hora 8 y 15, siendo entusiasta aplaudido.

Policiales

Hallazgo macabro

En el terreno baldío ubicado en el intestino grueso de la ciudad, esto es, en la Avenida 18 de Julio esquina Santiago de Chile, fué encontrado ayer, envuelto en varios ejemplares de EL CAMELO, el cadáver de un feto de género masculino, que resultó

llamarse Pascual Horning y ser oriental, soltero, no conociéndosele ocupación ni domicilio.

La seccional correspondiente se encargará de inhumar los restos, aunque no se le rendirán honores militares.

Choques y atropellos

Por falta de espacio, no damos aquí la nómina de los choques y atropellos ocurridos ayer en la vía pública. Lo haremos mañana, en un folleto especial que constará de 267 páginas impresas con cuerpo 6.

Consultorio

A Económico. — Nos parece ridículo eso de llamar a licitación para que le corten el cabello. Sampognaro lo hizo una vez, pero no lo dió resultado.

A Bella Otero. — Ahi va la receta de "cold-cream" para blanquear y suavizar el cutis, que nos solicita:

Ladrillo en polvo, 100 gramos; Negro humo, 25 id.; Crema a la vainilla, 80 id.;

Aguarrás, 10 idem; Aceite alcantillado, 15 grms.

Nota. — Agite la pomada antes de usarla.

A Futuro Médico. —

No, señor: para ejercer ilegalmente la medicina no es necesario que saque libreta de chauffeur. Eso si: le aconsejamos que no compre esa chapa usada, con el nombre de un médico fallecido, pues la justicia podría tomarlo a mal.

Literarias

Prosas escogidas

La canción del náufrago

Multicolores prosopopeyas, idealizan el alcázar ebúrneo y se desmayan cabe la fontana adormida, cuel gráciles y albas palomas cansadas de trazar en los espacios infinitos, la parábola de sus vuelos raudos.

La luna se remonta como una cometa amarillenta y escala el nocturno azul con la pereza gláuca y recalcitrante de una ensaña plañidera.

Los bosquies se estremecen, las ramas se agitan, las hojas se caen, las flores... no!

Pía un ruisenor. Pía y canta. Canta y vuela. Vuela y se detiene. Se detiene y parte. Parte y se posa. Se posa y se duerme cabe la fontana, mientras la luna, como una cometa amarillenta, escala, escala, escala, el nocturno azul...

Adán Amoroso. (Uruguayo, soltero, 24 años.)

Sociales

Demostraciones. —

Mañana, un grupo de amigos de Pochongo Manolarga, le darán un banquete festejando su reciente salida de la Penitenciaría, donde permaneció 18 años debido a un error judicial y a ciertos delitos sin importancia que en nada empañan su honor.

Enfases. — El joven Eliseo Panfrito ha pedido la mano, el brazo, el antebrazo, la cabeza, el tronco y las extremidades de la encantadora niña Ru-

pertita Mondonguillo.

Enfermos. — Basante perfectamente, el caballero Pantaleón Espanto.

Sigue mal de la vejiga la niña Panchita Merengue.

Avisos

POR POCA PLATA lo enterramos a Vd. cariñosamente. La casa se encarga de los discursos. Véanos, antes de morirse, y elija personalmente su ataúd. Empresa de Pompas Fúnebres "La Parca".

VENDO escalera de caracol por no poderla atender su dueño. Se da a toda prueba. — Casilla de Correo N.º 60876.

SE HA PERDIDO un globo verde, inflado con gas y atado con un piolin igual a los que se usan para unir los salamines. Dirigirse al Gerente del Banco Italo-Cochinchino.

SE DESEA SABER el paradero de Anastasio Botarate, a fin de darle una pateadura. — Dirigirse a la sastrería "El Jacquet Melancólico".

Adivinanzas

Fino fino, largo largo, suave suave, lindo lindo.

— La bicicleta.

Tiene ojos y no ve, tiene oídos y no oye, tiene voz y no habla.

— El atún con cebollitas.

Juegos de ingenio

Hasta la fecha no hemos recibido ninguna solución del juego publicado en el número anterior.

Pero no importa. Ahí va otro:

EL CAMELO

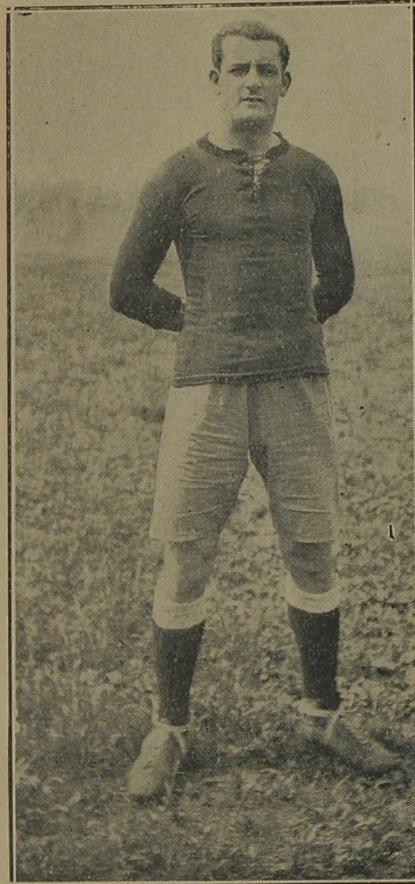
¿Qué letra falta para completar el título del mejor diario del mundo?

A los primeros 24.739 lectores que nos envíen la solución exacta, los obsequiaremos con un fósforo marca Paz o Victoria.

DEPORTES

ECOS DEL PRIMER PARTIDO DE LOS OLÍMPICOS

Para el que, como nosotros, sólo conocía a los componentes del cuadro Olímpico a través de las crónicas periodísticas, tanto extranjeras como locales, que agotaron los adjetivos encomiásticos para demostrar



Nazassi, capitán de los Olímpicos

trarnos la valía de sus componentes, fué una verdadera decepción la experimentada en la tarde del 21 en el Parque Central. Y, culpa de ello no la tuvieron los jugadores, sino la prensa que nos los presentó como verdaderas maravillas, como ases indiscutidos, como artistas geniales, como magos del balón, verdaderos "Fréglolis" que dejaban en el ánimo del espectador la sensación de ser únicos, imbatibles e inigualables.

Por lo tanto, atendiendo a nuestra condición de cronistas, haremos una pequeña reseña de lo que hemos visto.

El seleccionado argentino es bastante bueno, sobre todo su defensa, en la que el triángulo conoce perfectamente la labor a desarrollar. Sus zagueros se afirman y tienen verdadera conciencia del puesto que ocupan. La línea media apoya con eficacia y se coloca bien, lo que facilita

enormemente la labor de los delanteros, que por otra parte es lo menos bueno del conjunto. Los "forwards" no desuellan por separado, teniendo, en cambio, mejor entendimiento que la delantera uruguaya.

Nos gustaron Tesorieri, los "backs", Vacaro y los tres centrales.

Del Campeón Olímpico, empezando por la defensa, nos dejó buenísima impresión Mazali; tenemos que reconocer en él, a un gran arquero. Lo mismo diremos de Nazasi en su puesto de back. Uriarte es bueno, formando con los dos anteriormente nombrados, lo mejor del "team".

La línea media es un desastre; no apoya, no se coloca bien, ni marca a conciencia.

"La merveille noir", se las vió "negras" con el puntero argentino; no nos explicamos qué le vieron en Europa. Zibechi fué el mejor de los tres "halfs", sobre todo en el primer tiempo, pero estuvo muy lejos de ser el que conocíamos.

Tomasini se limitó a marcar al puntero.

El quinteto del que esperábamos reditaria la actuación de aquel célebre formado por Módena, Dacal, Piendibeni, Scaroni y Romano, demostró, bueno, no mostró nada.

No vimos en toda la tarde, una combinación buena, un pase, tan solo un pase, de los que acreditan a un jugador como "crack". El conjunto ataca desorganizado, sin dar juego a las puntas; en toda la

tarde no vimos tirar cinco centros, los punteros se cierran y el centro, en vez de repartir el juego, lo acapara; es así como los entrealas le pasan la pelota en toda ocasión como si sólo él, fuera el encargado de "shootear" al "goal".

De los "forwards" en particular, preferimos no hablar, pues si así no hiciéramos, como se ha hablado tanto de ellos y tanto se les ha ponderado, resultaría que nuestro comentario, aún dentro de la más estricta justicia, parecería interesado.

Si alguno de los dos cuadros mereció vencer ese fué el argentino, que en todo momento se mostró más armónico y de valores más positivos que el cuadro local.

Conste que hablamos así, teniendo en cuenta tan sólo el match del domingo 21; que esta crónica aparecerá después del "match" del 28 en Buenos Aires. Lo que suceda en esta fecha no podemos preverlo, pues sería ridículo asegurar el triunfo a uno u otro cuadro, como ha hecho un colega, basándose en la fe que le merecen sus compatriotas o quién sabe en qué.

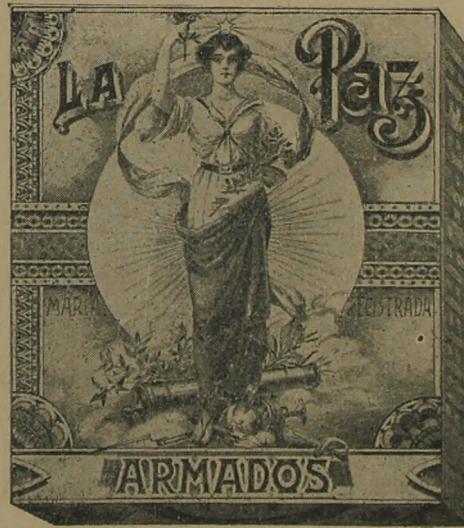
Lo cierto es que los de los Olímpicos fué demasiado conversado, que en su presentación del 21, dejaron una malísima impresión. Les toca a ellos rehabilitarse. Si así no fuera, lo lamentamos por los que los han endiosado. Y, será cuestión de repetir aquello de:

"Estas, Fabio, ¡Ay! dolor que ves ahora".

HABANILLOS ESPECIALES DE SUAVIDAD NATURAL

"LA PAZ"

TIPO ÚNICO, PURO Y FIJO



Sin igual en 28 años de existencia

Estos excelentes cigarrillos son elaborados por procedimiento NATURAL
sin exprimir, sin desangrar los tabacos

PARA REIR O BOSTEZAR



EL. — ¿Y tú crees que tus padres no me rechazarán como marido tuyo?

ELLA. — ¡Bah! Están ya acostumbrados a mis extravagancias.

TACTICA —

— Ahora arreglemos cuentas y apróntate a dejar la dentadura en la vereda.

— ¡Yo! ¡Qué hay!

— Me han dicho que has andado habiendo pesteres de mí.

— ¿Quién te ha dicho?

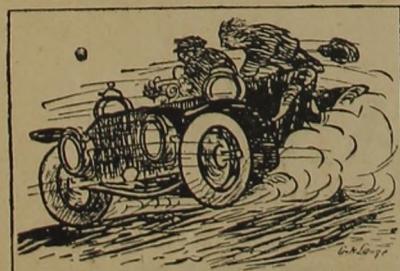
— Sinfosoro, a quien le dijiste que yo encontré los diez pesos que perdiste.

— Yo no he dicho tal cosa. Yo le dije a Sinfosoro que los hubiera encontrado si tú no me hubieras ayudado a buscarlos.

TUANA (a su tía, 50 años). — ¡Por qué no te casas pronto, tía! Tu noviazgo está resultando demasiado largo.

LA TIA. — Es que yo no me quiero casar cuando él está ebrio, y él no se quiere casar cuando está en su sano juicio. Esa es la causa de la demora.

DEL MAL EL MENOS



— Detenga el auto; vamos muy aprisa.

— He perdido el control del aparato.

— Eche los frenos.

— No funcionan.

— Entonces, por lo que más quiera, vaya a estrellarse contra algo que no cueste mucho.

— Cuando uno da algo, el destino se lo devuelve duplicado.

— Así es. El mes pasado entregué mi hija en matrimonio. Ahora tengo en casa a mi hija y a su marido.

— Recien de Jorge — decía la joven desposada a su amiga, — ahora viene tardísimo.

— ¡Dios mío!, seguramente no sospechas...

— Sí, sospecho...

— ¿Tienes idea de quién es?

— Juraría que es la nueva dactilógrafa...

— No seas tonta; son sospechas infundadas.

— Infundadas? ¡No conoces a Jorge! Yo fui su dactilógrafa.

LA RAZON DE LA FUERZA —



— ¿Cómo es posible que esté preso por haber pedido dinero prestado?

— Es que tuve que golpear varias veces a un individuo para convencerlo.

LIBERTAD DE TRABAJO

El juez de instrucción. — Cómo has tenido la audacia de entrar a medianoche a esa casa para robar!

El acusado. — Vea, doctor, la última vez que usted me sentenció me preguntó cómo tuve la audacia de asaltar a un señor en plena calle y a mediodía. Entonces, ¿cómo quiere que trabaje?

ENTRE PROFESOR Y ALUMNO —

— Dime, Juan, tú que eres el más adelantado de la clase, ¿cómo se origina el viento?

— Por el movimiento del aire, señor.

— ¿Y qué fenómeno influye en dicho movimiento?

— (Pensando). — El ventilador.



EL (apasionadamente). — La amo a usted con locura. La amaré siempre.

ELLA. — Bueno. Pero yo tendré que informarme antes de quién es usted.

EL. — No vale la pena. Voy a estar aquí solo quince días.

DIPLOMACIA —

Una señorita ha hecho una compra, de la cual tiene una queja, y se explica así:

Cliente. — En la sección de zapatería se han equivocado. Pedí un cepillo para el calzado y me dieron un cepillo de dientes.

Jefe de Reclamos. — Es un error que se explica. La señorita tiene los pies tan pequeños...

EN UN COLEGIO —

El profesor (explicando un problema). — Supongamos que en esta clase hay cuarenta burros.

Un alumno (interrumpiendo). — Disculpe, señor profesor, somos cuarenta y uno.

El profesor (indignado). — ¡Insolente! ¡Salga de la clase!...

El alumno (desde la puerta). — ¡Ahora si quedan cuarenta!



EL GUARDA. — ¡Eh! ¡Que voy a cerrar!

EL VAGABUNDO. — Bueno. Procure no hacer ruido con la verja.

DRAMA DE UN HOMBRE BUENO :: :: CONTINUACIÓN

ba una crónica con gran disposición Mercier escribía dos o tres sueltos diarios con aquel admirable estilo que tantas alabanzas le valiera. Decidido a empujarlo al triunfo le aconsejé un día:

—¿Por qué no escribes alguna obra?

—No quiero hacer nada para el teatro.

—Sin embargo, he visto unos apuntes...

—Un acto de una comedia en dos. Se trata de...

—¿De... aquello? ¿De tu asunto trágico? ¡Buena idea!

—Pero no quiero terminarlo. ¿Para qué?

Gracias a mis pedidos insistentes, dos meses después estaba terminada la pieza. Sin que nada supiera Mercier la leí al director de una compañía española que debutaría pronto en el Mayo. La aceptó asegurando estrenarla en el debut.

—El autor vendrá a los ensayos?

—Está atareado. Vendré yo.

—Muy bien.

Cuando Mercier se enteró por la prensa del próximo estreno de "La noche roja" y de quien había manejado el asunto quiso recriminarse, pero reconoció después que lo había hecho por su bien. Tocó hábilmente su amor propio, tanto que me prometió asistir al estreno, por lo menos, pero aquella noche, enfermo con alta fiebre, delegó en mí todas las responsabilidades.

—Ve tú y traeme la noticia.

—Va a ser un éxito.

—La acción es dilatada...

—Pero tiene honda emotividad... ¡Es tu capolavoro!

Escondido en un palco del Mayo, pleno de alegría, vi cómo triunfaba ruidosamente el primer acto — a pesar de las arideces de la exposición, siempre fatigosa para los públicos.

—Mercier era tan hábil...

Cuando empezó el segundo acto, advirtí que el galán seguía desempeñándose magistralmente. La dama que hacía la "Totó" estaba admirable...

—Así pensé — debe haber sido aquella desventurada muchachita rubia...

La artista hacía mutis para volver luego a la escena final de los celos. El público estaba emocionado, hacia un silencio de muerte: era el éxito. Dirigí mi vista a la sala y vi que entraba Mercier, vacilante, cubierto por una palidez de moribundo. Rápidamente llegué hasta él. Nos sentamos.

—Has hecho un disparate — dije.

—No te alarmes, estoy mejor. ¿Qué tal va ésto?

—Un éxito. El actor, notable. La actriz, estupenda.

—El galán, tienes razón, está bien. Veremos a ella... Ahora debe entrar... ¡Ese traspuente!...

Pero entró. Mercier me apretó fuertemente un brazo:

—Debo estar delirando... la estoy viendo... a Ella, a Ella!

Cerró los ojos como perseguido por alguna visión fatal... Después miró nuevamente a la escena...

—¡Calmate, Alberto!

—Me persigue su visión... la estoy viendo rubia, con sus ojos negros y su boca voluptuosa... Mira el lunar...

Se levantó sin que pudiera contenerle hasta la puerta del escenario. Entramos, llegando a las cajas. El director, radiante, me estrechó las manos y al presentarle a Mercier lo abrazó.

—¿Quién es esa actriz?

—Totó Michelson...

—Es ella misma — dijome al oído Mercier. — No hay duda, sueño...

—Tranquilízate...

En la escena se desarrollaba el diálogo de los celos. Mercier entreabriendo la puerta de la derecha, miró a la artista que decía calurosamente su parte. El galán la recriminaba. Totó vió a Mercier con alguna sorpresa, pero siguió su papel.

Pero al decir sus palabras, aparentando mirar al actor, dirigía su vista a mi amigo...

Protestaba de su amor, de su sacrificio... Lloraba realmente, conmoviendo...

El público se asombraba ante aquella actriz maravillosa que decía su rol con tanto verismo. En la cazuela, las muchachas lloraban el drama de la rubia obrerita...

Pero Mercier no llegaba a la tragedia... Accedía al pedido de su amada que no podía probar su inocencia, pero que le rogaba impusiera la fe de su amor sobre las reclamaciones de sus celos...

Y al unirse en un abrazo pasional, bajó la tela mientras la sala se llenaba de los aplausos.

Mercier había obtenido un gran triunfo

* * *

Íbamos los tres en un auto aquella misma noche.

Totó lo quería más que antes. Eran dos locos, aquellos muchachos separados una vez por el destino.

—Nada quiero saber — dijo él. — Pero me perdonas?

—Hace años que perdoné. Comprendí que llorarías mucho creyéndome muerta. Tu castigo ha superado tu error...

—Y no me temes?

—Sólo temo que me quieras menos...

—Te amo más que nunca! — finalizó mi amigo estrechándola con infinita ternura...

ANÉCDOTA

Ministerio de "Fomentos". — En el consultorio del doctor Alió, facultativo que ejerció su profesión en Mar del Plata, se presentó en consulta una señora.

Estudiados los síntomas que presentaba la paciente y hecho el diagnóstico, el médico resolvió aplicar la terapéutica propia del caso, y extendió la receta correspondiente.

La buena señora no se dió por conforme con lo que se le recetaba.

—No cree usted, doctor que lo que yo necesito son fomentos? — insinuó.

—No, señora. No los necesita, — repuso el facultativo.

—Sin embargo, doctor, los fomentos son una cosa muy importante.

—Importantísima, señora; importantísima... Tan importante, que en España tienen un ministerio especial.



ÑANDÚ

JUGO DE UVAS FRESCAS SIN ALCOHOL

LAMAISON & C^{IA.}

MONTEVIDEO

BME. MITRE, 1419

El Trébol de Cuatro Hojas

(LEYENDA NORMANDA)

Era en tiempos de los castillos fuertes, de los poderosos señores y de las altas deneellas cuya frente coronada de oro se inclinaba sobre la rueda, y también hacía el trovador, que al pie de la torre, cantaba el amor.

En el parque de un castillo de Normandía, sobre el verde césped que una encina abriga, Silvio, el hermoso paje, de talante esbelto, de mirada altiva, reposaba, extendido en esa tierra en donde quería dormir su último sueño, porque Huberta, la castellana de grandes ojos negros, permanecía insensible a su amor.

Desesperado, cubriendo con sus finas manos su hermosa cara, Silvio sollozaba, exhalando su dolor en quejidos amargos. De pronto, sintió que una mano tibia y suave le acariciaba su negra cabellera.

Ante él se hallaba una mujer, extraña, pero deliciosamente bella, en lo enmarañado de su tez, en la blanura de su traje con guirnaldas de eglantinas. Un trébol de cuatro hojas, de esmeraldas, adornaba su frente.

—¿Quién eres? — le dijo Silvio.

—Soy la que te ama, — respondió la joven.

—No te conozco. ¿Cómo te llamas?

—Yada, la ninfa de estas praderas. Hace mucho tiempo que veo por tí; invisible, te sigo a todas partes. Hoy que sufres, vengo a tí para consolarte... Ama mí, Silvio, olvida a la insensible que te hace sufrir y a quien odio, porque tú la amas.

Silvio sacudió la cabeza.

—Amo a Huberta y no querré más que a ella.

Yada tuvo una sonrisa encantadora.

—Mira qué bella soy, Silvio. Mis cabelllos son más dorados que las mieces, mi talante más flexible que un juncos y mis labios más frescos que la flor que se abre a la aurora... Silvio, hace mucho que te amo... Silvio, yo sufro también... Ten piedad de mí.

Y acariciadora, enlazó con sus brazos el cuello del paje y recostó su cabeza sobre su pecho.

—Renuncia a Huberta, Ven conmigo. — repetía.

—¡No! — dijo Silvio con aire sombrío. — Prefiero perder la vida antes que renunciar a mi bien amada.

Un dolor profundo crispó la faz de Yada y una lágrima mojó sus párpados.

—Te amo, — dijo ella, — no quiero que sufras, no quiero que mueras!... Siempre amarás a Huberta y nunca me querrás a mí? Sea. Ansío tu felicidad, aún al precio de mis sufrimientos, aún al precio de mi vida... ¡Silvio, ama y sé amado! Te doy este talismán, como un día a mí me lo dieron, cuando era simple hija de la tierra. Separándome de él, renuncio a la inmortalidad. ¡Que sea para tí, en cambio, un talismán de amor!

Y, quitando de su frente el trébol de esmeraldas, lo depositó en la hierba.

—Ahora que conozco, — agregó ella, — no quiero que nadie sufra esas torturas, el horrible dolor de amar sin esperanza. Por eso, planta bendita, crece y prospera para los enamorados. Sé rara, como el amor verdadero, pero para todo corazón fiel, que te busque en las praderas, sé el talismán de amor.

Yada se inclinó, besó el trébol de esmeraldas, y éste echó raíces y se trocó en una planta de trébol de cuatro hojas.

La niña cogió una y se la tendió a Silvio.

—Es el regalo de Yada. No temas; tu porvenir será hermoso. La orgullosa Huberta te amará y será tu esposa... Adiós, Silvio, voy a morir. Si encuentras mi cuerpo, cava una fosa al pie de este árbol: así dormiré cerca de tí y vendrás a menudo para recordarme.

Y tendió su mejilla al paje.

—Un solo beso, para tanto amor, — dijo ella.

Conmovido, Silvio la tomó en sus brazos y los dos cambiaron un largo beso...

—Adiós, — volvió a decir ella. — Silvio, acuérdate de mí.

Se deslizó de sus brazos y huyó hacia el lago. Silvio quiso alcanzarla, pero en vano. Cuando llegó a la orilla, Yada olvidó su pena bajo el agua...

Hace muchos siglos que Yada duerme bajo la encina, y que Silvio y Huberta, después de haberse amado mucho, han ido a reposar a su lado. De toda esta leyenda ya no resta nada; nada más que el trébol de cuatro hojas que Yada legó a los enamorados, como un talismán de amor.

Caritá MAURICE.

glos malos. Debilita, embrutece; las faltas y los vicios que la herencia lega hacen esas generaciones humilladas y temerarias; pueblos degenerados y dóciles; todo una cómoda presa de los poderosos del mundo. Se explota a los pueblos, se les domina y se les roba cuando han puesto el esfuerzo de su voluntad en la sola conquista de la otra vida.

Ilusión —

Cuando el hombre ha tocado el fondo de la vida infeliz, vuelve a la divina ilusión. El origen de todas las religiones está ahí: en el hombre débil y desamparado que no tiene fuerza para vivir en la miseria terrestre sin la eterna mentira de un paraíso.

Mercedes Pinto y Armas

Procedente de Madrid, donde ha radicado muchos años, ha llegado a nuestro país la distinguida escritora canaria Mercedes Pinto y Armas. Es justamente estimada en el mundo literario.

Nuestra preclara visitante ha dado conferencias en diversas capitales europeas, en cuyas revistas más importantes ha colaborado. Es autora, además, de varios libros, el último de los cuales, una colección de poesías, lleva un magistral prólogo.



logo del conocido escritor español Cristóbal de Castro. Recomendada por éste y otros insignes escritores de España, viene hasta nosotros, Mercedes Pinto, y patrocinado por un grupo de intelectuales uruguayos la señora Pinto y Armas dará en breve una lectura pública de sus versos en uno de los teatros de esta capital.

DE EMILIO ZOLA

Retroceso —

La historia no retrocede; la humanidad no puede volver a la infancia; los tiempos han cambiado mucho; sobrados alicantí han dado las nuevas conquistas para que

los hombres del día retrocedan como los hombres de otras épocas.

Superstición —

Es cobarde y peligroso dejar vivir la superstición.

Tolerarla, aceptarla, es volver a comenzar y hacer eterna la sucesión de los si-

FUEGO FATUO :: CONT.

dida que pasaba el tiempo su dolor se completaba. La corriente de los minutos traía nuevos elementos, personajes que llegaban de la sombra e intervenían en una conversación ardiente, desordenada, emitiendo juicios y censurando la actitud de Antonia.

Sandes prendió la luz y se incorporó, apoyándose sobre la cabecera. Le faltaba el aire. Saltó de la cama y abrió una de las ventanas. Al volver, sus ojos se fijaron en un retrato de Antonia, que colgaba de la pared. En un impetu, bramando como una fiera, lo arrojó contra el piso. Luego, no satisfecho, tomó la imagen, escupió en ella, dijo un insulto de carretero y apretujó el papel entre sus dedos, que crepitó al contraerse cual si una llama lo envolviera.

Tres o cuatro veces intentó dormir. Después se vistió como para salir a la calle y se paseó por la habitación. De pronto se detenía, cruzándose de brazos, permanecía un instante en una inmovilidad de piedra y tornaba a seguir, sobre cogido en su quietud, ajeno a los cambios del movimiento. Parecía un cuerpo que la corriente trae, abandona un momento y vuelve a llevar.

En la mente de Sandes, Antonia revivió con una energía de fuego. Obstinándose en no pensar en ella, y, sin embargo, la historia de aquella juventud que hasta hace poco desconocía, se dramatizaba a toda luz, sucediéndose en escenas culminantes, de pasión y de vicio. Su tendencia al libertinaje, la memoria de sus propios actos se encarnaban en ella. Y Sandes insultaba después de cada visión, como si Antonia pudiese oírle. Por artítesis la recordaba en su noviazgo, lo que concluía por enfurecerlo. Toda imprecación le parecía suave, incompleta. Pensaba en su resistencia a la posesión, en su aspecto de flor immaculada, en el engaño sarcástico de que había sido objeto. Y deduciendo quería indagar en su época matrimonial. Hasta ayer, Antonia le había parecido una esposa fiel, demasiado enamorada, fastidiosa con su carga de caricias y juramentos de amor. Ahora, receloso, sospechaba. Quería saber, quería saber y fustigaba a su memoria como a un corcel cansado. Todo en la vida de Antonia le parecía mentira. Hasta su misma muerte, anormal, misteriosa, le produjo una sensación nueva, turbadora. La idea de que la casualidad había provocado su caída, de

sapareció por primera vez en su juicio. Una alegría repentina le saltó al cuello.

Se puso el sombrero y salió. Eran las siete. Una mañana serenísima de Mayo, de albor rosáceo, riente, sonora, empapachada.

Sandes tomó el tranvía: un 52. Pagó el boleto sin ver, sin hablar y permaneció en la plataforma, apoyándose contra el ángulo de los barrotes, mirando obstinadamente hacia el pavimento. Y tras el espacio que el coche iba mostrando, las vías, bruñidas, despidiendo destellos blancos, corrían, en un movimiento huyente, ciñendo el paralelo, ansiosas, atraídas por el punto de la lejanía.

Bajó en la calle Gaboto y siguió a pie hasta Cerro Largo. Por allí vivía Francisco Labadie. La mujer de servicio sorprendió. Fué a anunciarlo. Luego le hizo pasar al dormitorio de Francisco.

—¡Tú aquí! ¿Qué te pasa? ¿Vienes de parranda?... A ver: abre ese postigo.

Julio abrió el postigo, tiró el sombrero sobre un diván y se mantuvo mirando a su compañero sin poder hablar.

—¡Eh!... parece que estás enfermo. No has dormido, seguramente. — Labadie, inquieto, se sentó en la cama. — ¿Qué ocurre?...

Sandes se sentó a su lado y se puso a sollozar. Era un lloro sarmentoso, estrangulado como un grito sordo. Refirió el incidente revelador y de intimidad en intimidad fué relatando episodios breves hasta entonces absurdos, extravagantes, pero que, de pronto, luego de la confesión inesperada de la vieja, descubrían un sentido lógico, como ante la luz se limitan a su forma real los objetos fantaseados por la sombra. Su amigo le escuchaba, asistiendo fácilmente, sin sorprenderse, dando la impresión de que no oía nada nuevo. Tan elocuente era su actitud, que Julio le preguntó:

—Pero, ¡tú sabías!... — Labadie inclinó la cabeza en una afirmación breve. — ¡Tú sabías y nunca me dijiste una palabra! — gritó furioso — ¡tú sabías!...

—Cuando lo supe, ya era tarde. Por otra parte, ella fué buena contigo.

—¡Buena!... — exclamó con los puños cerrados — buena una... — Y soltó un insulto.

—Ten piedad de ella, Julio. Piensa que está muerta.

—No, no... Esté donde esté, muerta o viva, es lo que es. Además, ¡cómo la defiendes! Posiblemente, tú también fuiste su amante, ¡eh!...

—Estás loco, Julio, estás loco... — Mediò un silencio. Sandes se había alejado hacia la ventana. Se hallaba de pie, los brazos cruzados sobre el pecho, que se batía jadeante; la mirada inquieta, jugando sus párpados en un aleteo nervioso. Un elemento más amargo, una espina más punzante acababa de herirle. Repetía, siguiendo el eco de su pensamiento, que persistía como persiste en la lejanía el movimiento convulso del trueno.

—¡Tú sabías, tú sabías!... — Labadie no se había movido. Sentado sobre el lecho, algo intimidado, la mirada clavada en Sandes, también repetía, pausado, rítmico como un latido:

—¡Estás loco, estás loco!... — Súbitamente, Sandes se volvió hacia él, avanzando paso a paso. Tenía en el rostro una expresión cruzada, terrible. A la angustia una burla repugnante. Sobre la laga abierta el moscardón azul.

—Oye —decía—, oye. Antonia no murrió, así, como cree la gente. No fué la casualidad. Yo la maté...

—¡Eh!...

—No fué la casualidad. Fuí yo, fuí yo...

—Iba a relatar aquel acontecimiento que él mismo no podía comprender: su deseo vehemente de que Antonia muriera, la influencia decisiva de su pensamiento, la cálida alucinante hacia el abismo, su propio asombro. Pero se detuvo un instante. Advinó que su amigo no le creería, que la juzaría bajo una racha de locura, empeñado en demostrar lo imposible. La verdad le pareció débil, imprecisa, falsa. Entonces modificó el episodio. Sobre la trama real, tejió su trama, más simple, más asequible.

—Yo la maté, yo... — Se había vuelto a sentar junto a su amigo y le hablaba de cerca, cara a cara, sofocado, desgarrada la voz que, a veces, silbaba en su garganta. — Aquella tarde, cuando vi a Antonia sentada sobre el pretil de la azotea, comprendí lo que tenía que hacer. Subí las escaleras saltando sobre los escalones para tratar de llegar antes de que ella intentara bajar. La detuve. Antonia, inquieta, cerraba la puerta de la garita cuando me vió. No le di tiempo. Quiso gritar, pero le metí el puño en la boca. Tuve que hacer mucho para desprendérme de ella. Como no podía maniobrar más que con una mano, con los dientes le rompí los dedos. Despues, asegurándome con un pie contra el muro, aproveché un segundo y la arrojé por el vacío. Ella dió un grito. Bajé y cuando estuve a su lado comencé a llamar:

—¡Se cayó, se cayó! — Vinieron los vecinos y creyeron todo. ¡Ja, ja!... La gente es idiota. No fué la casualidad. Yo la maté, yo... La casualidad es una invención mía.

Labadie estaba lívido. Echado hacia atrás, enarcadas las cejas, repetía con lentitud, desfalleciente, profundamente trastornado:

—¡Tú estás loco, estás loco, estás loco!



PASATIEMPOS

JEROGLIFICO COMPRIMIDO
INTERPRETATIVO

A Domardo.

O

Rita Feforti.

* * *

CHARADA

"Es que ella"...

Al apreciado Director.

Yo "un dos" los buenos versos
Mas mi alma llena de flores
Paréce un jardín sombrío
Y son nulos sus fulgores.

* * *

Quisiera hacer una estrofa
"Solución" como las flores.
Una estrofa perfumada
Con los más puros olores.

* * *

Estoy pensando tristezas
Y estoy mirando las flores
Quisiera decir alegrías
Y sólo recibo dolores.

* * *

"Un dos" al jardín, más, no sé
Dar tono alegre a mis flores;
Eso sí, tengo claveles
Rojos para luchadores.

* * *

Con el tallo de la "tres final"
Haré un injerto en mis flores;
Contemplarán mi jardín
sus perfumes y sus colores.

Leonidas.

CARTA CRIPTOGRAFICA

A nuestro Director.

Querido 543278.

Recibí tu 85678 carta 67-38 que 362-
63-583-127 de tu 7678.

67-63-54274 tengo una 5478 muy 1278
pero muy 5838.

3438 está con 12345678-67-5634-67-38-
5278 que descubrió 3834-67-38-3458 llama-
da 5838-16.

Salúdate 6324.

Chin-Chu-Lhin.

* * *

ANAGRAMA

ASI ROBA EL CURDELA

Así como el "curdela" roba
roba el pasatiempo el tiempo;
adivina tú, buen lector,
qué autor encerré aquí dentro.

Sardina.

* * *

METAGRAMA

Una sota, un tres... Otra vez anda mal...
Si me tiene engañada... ¡me deja!... Es
[fatal.

Pero... ¡cree que soy tonta!... No pue-
[de. Además

Ni X X X X X X en tal cosa. Sin embar-
[go... Quizás...

Un cinco... otro cinco... ya sale mejor...
¡Qué bien!... Si no mienten hay algo de

[amor... Oh, X X X X X queridos, tened com-
[pasión!

La X X X X X sacadme de mi cora-
[zón!...

Pompeyo.

COMPRIMIDO

A Benedicto XV.

URUGUAY

Mantora y Siremo
(Sociedad ingeniosa)

* * *

COMPRIMIDO

A Métome en Todo, retrayendo la dedicatoria a Entramado.

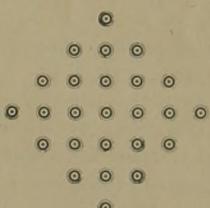
LA MONA 2

Michito.

* * *

HORIZONTAL Y VERTICAL

A "El de las Bombas".



Número romano. — Inmabilidad. — Nombre de mujer. — Nombre de mujer. — Tiempo de verbo. — Parte del ejército. — Vocal.

Tristán.

* * *

SOLUCIONES DEL N.º 9

Anagrama de Mechita: "Enrique Ordell"; Comprimido de Polifonte: "Trasmití saludos"; Al rompecabeza de Sin firma: "HORUS" es la mejor revista contemporánea del Uruguay; al Anagrama de X. X.: "Alberto Ghiraldo"; al Triángulo numérico: "Conquista"; al comprimido de N. N. "Salmonde".

PREPARACIÓN DE MAQUINAS Y CALDERAS MARINAS Y TERRESTRES

TRANSPORTES
Y MONTAJES
A MAQUINASTALLER MECANICO
MANUEL PELLICER

CALLE PIEDRAS, 678 - 680

SOLDADURA AUTOGENA
Y ELECTROGENA Y CORTE DE TODA CLASE
DE METALCONSTRUCCIÓN DE PIEZAS PARA AUTOMÓVILES
Y CAMIONES, BIELAS, CIGÜEÑALES Y CORONAS

Divulgación científica

(Continuación)

Por último durante el ritmico latido de la contracción del corazón, órgano central del aparato circulatorio, se originan fenómenos eléctricos constantes que los físicos explican por una diferencia de carga eléctrica entre las partes del corazón en reposo y las partes en actividad. Los fenómenos eléctricos de la contracción cardíaca se miden también por galvanómetros y hasta pueden registrarse fotográficamente por medios especiales. Las fotografías de las corrientes eléctricas que engendra el corazón en movimiento, se llaman electrocardiogramas y su aplicación al estudio de las enfermedades de ese órgano constituye un método de diagnóstico moderno, de utilidad muy grande desde ya y de una trascendencia insospechada. Parece que se puede así descubrir muchas enfermedades del corazón que se ocultan al oído y a la sagacidad del médico más diestro en la auscultación cardíaca.

R. V. T.

HISTORIA Y ORIGEN
:: DEL AMBAR ::

Esta bella substancia ha constituido siempre un importante elemento de la moda. Sus infinitas modalidades que descomponen la luz en irisaciones de una brillantez y colorido fantástico, han sido siempre el encanto de las damas.

La categoría del ámbar sobre los minerales preciosos tiene su origen en fecha muy antigua; 1.800 años antes de J. C. ya se empleaba en la construcción de objetos de arte y de adorno, y desde esa fecha su reinado no ha decaído un momento, y ha conquistado siempre la moda en

todo tiempo, en todos los países del mundo.

Su categoría está fijada entre los metales y piedras preciosas; el oro, la plata, los brillantes y hasta las perlas, son algunas veces humildes vasallos que forman corte de honor — en el ornato de alguna joya — con la brillantez de sus luces y matices alrededor de una talla de este precioso mineral puro, transparente y fantástico, como un cristal encantado.

En el museo de Koenigsberg existen varios trabajos de ámbar construidos en el año 800 después de J. C.; trozos de ornamentación de una iglesia y objetos del culto.

Entre los lugares que poseen el privilegio de esta substancia, pueden señalarse las costas de Curlandia y Livonia, Jutlandia, el golfo Niso y especialmente, las costas de Samland en la Prusia Occidental. El ámbar amarillo es una resina o bálsamo endurecido, exudado, según se cree, por algunos árboles antediluvianos. Se conocen tres clases de ámbar distintas: el ámbar amarillo que es el más importante y característico de todos; su color es amarillo claro y tiene la transparencia del vidrio; suele cambiar hasta el rojo si la acción del aire y la luz obran sobre él por espacio de mucho tiempo. Este fenómeno está comprobado por los objetos artísticos de esta substancia que, entre otras joyas, se han encontrado en los dólmenes, tumbas y demás sepulturas, en los que, como es sabido, tenían costumbre de depositar al efectuar los enterramientos. El ámbar amarillo se encuentra y extrae en yacimientos como otro mineral cualquiera.

El ámbar gris se supone que es una substancia producida por secreción en los intestinos del ecahalote, y que éste expelle en determinadas épocas. Dicha substancia suele hallarse concrecionada sobre la su-

¿QUIERE USTED?

Conocer los secretos, las costumbres de los fakires de la India? Lea el libro **"Los Misterios del Hipnotismo"**, por Juan Larrys, donde aprenderá la sugestión, dominación, salir victorioso en todas las empresas y triunfar en los momentos críticos de la vida. \$ 0.60 □ el ejemplar.

En venta: Los libros **"Arte Supremo del Hipnotismo"** de A. Henderson y **"La Voz del Espiritismo"** de H. Colman.



Agentes
Exclusivos
en el Uruguay:

Unica casa que
recibe la verdadera
PIEDRA IMAN

MATEOLY - Yaguarón, 1487

perficie de los mares y en las costas de los países cálidos.

Los pescadores dedicados a esta industria, armados de pequeñas redes cónicas, sujetas a una pétiga, avanzan entre las ollas, extrayendo la resaca que el mar arroja, entre la cual se hallan fragmentos de ámbar.

Y por último, el extraído del **"Himenea courbarli"**, árbol de la América meridional, que produce esta resina blanca y olorosa que, por la acción del aire se solidifica, llegando a la consistencia del vidrio. Este ámbar blanco y llamado gris, ha sido en la antigüedad muy usado en la construcción de collares, pulseras, anillos y otras joyas.

La planta que florece
:: cada cien años ::

El agave o pieta común es una planta originaria de Méjico, que se ha naturalizado perfectamente en España desde el siglo XV en las provincias del Mediodía y de Levante, donde ya crece espontánea, así como en algunos puntos de Portugal, Italia y África.

Esta planta tarda mucho en florecer y ello ha dado lugar a la fábula de que los agaves florecen cada cien años y que el crecimiento del ramo florífero va acompañado de un ruído como la detonación de un arma de fuego.

En realidad, lo cierto es que dicha planta florece en los climas cálidos, desde los diez a los diez y ocho años, y en los jardines de la región central de España, a los 50 o 60 y en los meses de más calor, y que llegada esta época, el desarrollo del ramo florífero se verifica con tal rapidez que puede alcanzar en pocos días muchos metros de altura.

La fluorescencia afecta la forma de un candelabro de muchos brazos, habiendo especies que presentan las flores por miles y de un color verde amarillento.

CIGARROS
LA SUPREMA
PRUEBELOS



IMPECABLE ELEGANCIA

dentro de la más natural sencillez de líneas, es la característica que ostentan todos los

TRAJES Y SOBRETODOS

que se fabrican en los talleres de nuestra acreditada casa.

Esto, agregado a la calidad y moda de los generos, justifican el éxito siempre creciente de nuestros negocios

SOBRETODOS en casimir lana, desde \$ 6.00
TRAJES en casimir lana, desde " 12.50

LAS MUESTRAS de casimires se envían a todos los que las soliciten, indicándonos el color aproximado y el importe del Traje o Sobretodo que se desea encargar

Casa Central 531 - SARANDI - 539 Costado de la Metropolitana

Sucursal Av. Gral. FLORES, 2452 Frente a la Estación Goes

Ventas por mayor RINCÓN, 716

≡ A. SPERA ≡
 537 - SARANDI - 539

Costado de la Metropolitana

EXTRACTO DE MALTA
“MONTEVIDEANA”
NUTRICION TONICA SIN ALCOHOL

La bebida
de mesa que
500 médicos na-
cionales recomiendan
su uso constantemente
a las madres, en el período
de lactancia, a los ancianos,
a los niños, a los débiles y
a todos los que, en una
palabra, necesitan de un
poderoso estimulante
regulador de la
economía
humana.